

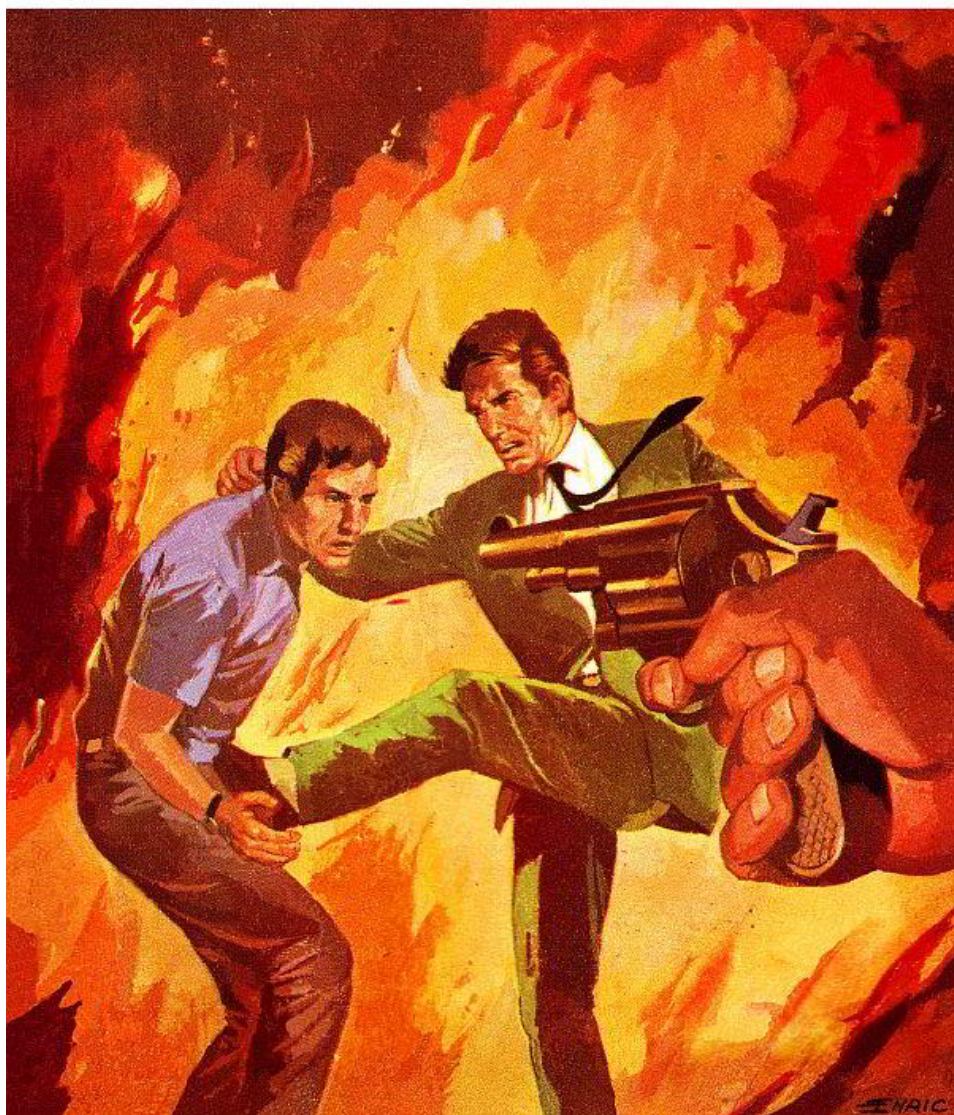
BOLSILIBROS BRUGUERA

PUNTO

ROJO

arde el petróleo

peter debry



Reelaboración de Sirenas tropicales, una novela que apareció en 1950 al inicio de la colección Servicio Secreto.

Excepcionalmente hemos podido consultar una edición de la novela original donde aparecen las anotaciones autógrafas del propio Debrigode en las que marca las correcciones que deseaba llevar a cabo en esta nueva versión de su obra. Este extraordinario documento nos permite advertir cómo el autor dedica sus esfuerzos a modificar sólo los dos primeros capítulos y a eliminar el epílogo que cerraba la novela original, un breve capítulo que permitía encadenar esta historia con su continuación, Gangsters en Casablanca.

La labor que lleva a cabo el autor consiste, inicialmente, en suprimir algunos largos pasajes del texto de 1950; elimina descripciones, modifica la puntuación y acorta párrafos buscando un estilo más directo y cortante. Este ejercicio es muy riguroso al inicio pero a partir del tercer capítulo mantiene al pie de la letra el texto primigenio; incorpora pequeñas modificaciones,

G-Men

por Gunmen, corrige alguna errata evidente —de Le agarré para hacerle capataz a Le agarré para hacerle cantar— elimina los títulos de los capítulos, La sangre fría de la ardorosa Luana Vélez, y los sustituye por números romanos que eran propios en los volúmenes de Punto Rojo, pero mantiene la casi totalidad del texto publicado en Servicio Secreto.

El trabajo es riguroso al principio y, sin duda, el estilo gana en intensidad y ritmo con las modificaciones; ahora bien, esto sólo se lleva a cabo, como hemos dicho, en las primeras páginas de la novela. A ello ayuda el hecho de que la narración ya se acopla a ese ritmo cortante y certero en la versión original a partir del tercer capítulo aunque también puede deberse a otras razones más prosaicas. Quizás lo que Debrigode quería con estas modificaciones iniciales fuese sólo enmascarar la novela como una obra nueva; que nadie, ni lectores ni editores, pudiese reconocer que se encontraba ante lo que el propio autor calificaba, con ironía y precisión, como «refrito». En todo caso, el documento nos habla de

una dimensión del escritor de novela popular, su carácter de reelaborador de sus textos, que merece un estudio más detallado.

Sinopsis, extraída de la página: <https://peterdebry.blogspot.com>.



Peter Debry

Arde el petróleo

Bolsilibros - Servicio Secreto - 605

ePub r1.0

Lds 02.10.18



Título original: *Arde el petróleo*

Peter Debry, 1973

Cubierta: Enrique Martín

ePub modelo

LDS

, basado en ePub base r1.2



COLECCION

PUNTO ROJO



CAPÍTULO PRIMERO

Para llegar a la próxima estación de Laredo, la última ciudad tejana ya fronteriza con México, el tren tenía que atravesar los dos grandes viaductos tendidos sobre el río Frío y el río Nueces.

Después se distinguiría el legendario río Grande.

En el vagón-bar, la trepidación era apenas perceptible. Los hondos sillones confortables y los anchos ventanales sobre el paisaje que corría como una película cambiante, hacían de aquel vagón el compartimiento preferido.

Dos negros, impecables con su blanco uniforme, iban y venían diligentemente, sirviendo consumiciones y bocadillos a los pasajeros.

Uno de los camareros, con bonachona sonrisa, depositó encima de la mesita lindante con un ventanal y junto a la puerta de la plataforma exterior y última del convoy, un jugo de naranja helado.

Robert Lark hizo saltar en su diestra una moneda. La lanzó, y el negro la recogió con habilidad de mono.

—El cambio para ti.

—Gracias, señor —canturreó el negro, exhibiendo el teclado níveo de su dentadura.

También eran blanquísimos los dientes que removían una goma de mascar dando a los labios de Robert Lark una cínica sonrisa.

La vida había zarandeado duramente a Robert Lark durante veinticinco años y pico. Y esta lucha empezaba ya a dejar huellas en las facciones del que ahora iba camino de Laredo.

La barbilla cuadrada, la nariz recta y algo achatada, los ojos verdegrises, completaban un semblante en el que imperaba la descarada insolencia.

El negro cabello se encrespaba en cortos rizos ásperos. Y

cualquier observador, sin necesidad de ser un científico psicólogo, hubiera pensado inmediatamente, mirando a Robert Lark, que era de la clase de hombres que saben lo que quieren y con los que resulta peligroso enemistarse.

Vestía deportivamente, con negligente elegancia. La americana de cheviot resaltaba los anchos hombros y la esbelta cintura.

El hombre que se sentaba frente a Robert Lark era un ganadero tejano que paladeaba a lentos sorbos un helado *whisky*. Pensó:

«¿Un campeón de boxeo? ¿Un *gángster* huyendo?».

No podía adivinar que había acertado. Porque Robert Lark era ambas cosas a la vez.

Robert Lark miraba a los dos hombres que acababan de entrar en el vagón-bar.

Los dos recién llegados no se quitaron el sombrero de fieltro, ni se sentaron.

Tampoco hacía falta ser un psicólogo ni un adivino para comprender que eran dos policías. Se veía en la seguridad con que detallaban rostro por rostro a cuantos estaban en el vagón.

En la frialdad de sus ojos, en el gesto con que uno de ellos se asía la solapa, mientras su otra mano estaba hundida en el bolsillo de su gabardina.

Los dos policías, que iban creando una sensación de molestia al continuar en su lento escrutinio de rostros, exclamaron de pronto, lanzando dos voces distintas, pero idénticas en significado:

—¡Quieto!

—¡Alto!

Robert Lark pareció estar sentado sobre resortes distendiéndose.

Había elegido el sitio más próximo a la abierta puerta que daba salida a la última plataforma del tren, para una ocasión como la que se presentaba.

Una mujer emitió un agudo chillido. Los dos negros rodaron los blancos globos de sus ojos, mientras inmóviles sentían sus rodillas temblar.

Del sillón, Robert Lark pareció salir despedido por un gigantesco puntapié. Atravesó la puerta abierta.

Dos policías que estaban en la plataforma se le abalanzaron encima.

Robert Lark alzó las manos, porque en su estómago y en su

costado derechos dos duros cilindros metálicos se hundían.

—Va bien, va bien —dijo sordamente—. Me habéis cazado.

Los otros dos corrieron, y en la plataforma los cinco hombres formaron por un instante un grupo, en el que poco después se oía el cristalino «clic» de unas esposas cerrándose alrededor de las muñecas en alto de Robert Lark.

Uno de los policías empujó por el hombro al prisionero, obligándole a sentarse en uno de los sillones de mimbre que había en la plataforma, a cada lado de la puerta.

Un policía se quedó tras la silla, otro al costado, y un tercero frente al capturado.

El cuarto policía volvió a entrar en el vagón-bar. La escena había durado escasamente un minuto, desde el instante en que él había lanzado la voz de «¡Quieto!».

Sacó un pañuelo no muy limpio, se echó el sombrero hacia atrás, y se esponjó la sudorosa frente.

—Ahora, sí, «chocolate» —dijo respirando con alivio, y guiñando un ojo al camarero negro que tenía más cercano—. Tráeme cerveza helada.

Los pasajeros comprendieron que el policía estaba contento. Uno de ellos preguntó:

—¿Pasó el peligro, teniente?

—Sargento nada más, señor. No se apuren. Ya acabó el susto. Y créanme que estamos todos de suerte. Sí, todos. Porque este pájaro es Robert Lark.

El ganadero se estremeció. Tenía ya una historia reciente y vivida para contar a todos sus amigos y conocidos. Por esto, aprovechando la buena disposición del sargento detective, quiso añadir detalles a sus futuras explicaciones de cómo había viajado con un forajido que huía hacia México.

—Hágame el honor de sentarse aquí, sargento. Estará así más cómodo para beber y a la vez puede vigilar a su prisionero. ¡Caramba!, y yo que estaba a punto de charlar con él. ¡Oiga, sargento! Es la primera vez que he visto a este hombre.

—No se preocupe. Ya me doy cuenta.

—¿Es secreto el motivo por el que han apresado a este hombre?

—Ni mucho menos. Robert Lark ha dado ganancias a muchos periódicos de Nueva York y de todos los estados. Primero, hace seis

años, como campeón del peso medio pesado. Ganó el campeonato matando a puñetazos, naturalmente que sin proponérselo, a su adversario. Aquello le afectó. Tanto que se retiró del boxeo. Le llamaban *el Demoledor*. Al día siguiente de ganar el campeonato, le fue retirada la licencia, porque propinó una espantosa paliza al manager de su desgraciado contrincante, dejándole lisiado para siempre.

—¡Caramba! ¿Y por qué? —quiso saber el ganadero, mientras el sargento bebía ansiosamente.

El detective se limpió la espuma de un revés de mano, prosiguió escuchado ávidamente por todos los concurrentes al vagón-bar:

—Decía que si su adversario había muerto, era culpa del ambicioso manager que no tiró la toalla a tiempo, obligando a su boxeador a continuar un combate perdido. Después Robert Lark se hizo periodista. Le llamaron *el Agresivo* por sus reportajes. Viajó, fue expulsado de muchas naciones, y en 1937, mató a tiros a su novia y a un italiano que la cortejaba durante su ausencia. Lo condenaron a la silla eléctrica. Y escapó. Durante tres años convivió con el hampa de Nueva York. Le temían. Se hizo el amo, convirtiéndose en un matón temible entre matones y forajidos. Pese a todas las redadas, escapaba siempre. Ofrecieron cinco mil dólares. Unos

G-men

le capturaron en unos almacenes céntricos, donde estaba comprando jabón y muñecos, a una niña. Volvió a escaparse.

El sargento se inclinó, y mirando hacia la plataforma, respiró tranquilizado.

—No, no. Esta vez no se escapa. En Laredo terminará el viaje para Robert Lark. Señores, buen viaje.

Y el sargento detective, ondeando la mano, se trasladó a la plataforma.

El ganadero tendió el busto, al oír la cortante voz de Robert Lark saludar al sargento:

—No tienes que fanfarronear, poli. Es mejor no airear mis asuntos particulares.

—Tómalo con calma, Bob —dijo el sargento con buen humor—. No dije más que lo que todos los periódicos han publicado.

—Ya. Pero todavía los periódicos no han publicado que en Laredo puedo romperte la nariz.

—Bueno, bueno, Bert. No me guardes rencor. Yo tengo que comer. Me dieron la orden de cazarte. Y te he cazado.

—Yo tengo que vivir, poli. ¿Te das cuenta?

—¡Y tanto! Por eso mismo te aseguro que nosotros cuatro somos verdaderas sanguijuelas y no nos separaremos de ti ni un milímetro, hasta que te veamos entrar tras el rastrillo de una cárcel a prueba de dinamita. ¿Quieres un cigarrillo?

—¡Al diablo con vosotros, sabuesos!

—Si tienes sed...

—Prefiero morir con la garganta agrietada antes que agradecer un trago a un cazador de hombres.

Y Robert Lark, reclinándose hacia atrás en el sillón, cerró los ojos.

Los cuatro detectives los mantuvieron bien abiertos hasta que el tren, dibujando una curva, dio vista a Laredo y al río Grande.

CAPÍTULO II

Nuevo Laredo, la primera ciudad mexicana, poseía clubs nocturnos, cuyos decorados, orquestas y servicios nada tenían que envidiar a los mejores allende la frontera.

Entre ellos el *Paradise*, pese a la poca originalidad de su nombre, era el más concurrido. Para los fatigados cerebros de los viajeros americanos, ahitos de toda clase de espectáculos, resultaba atrayente la exhibición de Luana Vélez, la estrella.

No era más que una mexicana cantante. Negros ojos picaros, que en las canciones sentimentales rebosaban de sensual tristeza. Pómulos salientes. Boca grande, de labios golosos. Cuerpo cimbreño.

Pero tenía «algo». Algo de que carecían las frías y oxigenadas vocalistas americanas. Era apasionada, y cuando pasaba cantando por delante de las mesas que rodeaban la pista, los espectadores se sentían subyugados.

Luana Vélez era la primitiva Eva prometiendo y tentando, mientras el foco iluminaba su figura. Después al desvanecerse la penumbra de la sala, recogía con desdeñosa frialdad los calurosos aplausos.

Terminado su número, muchas veces se marchaba. Y entonces el dueño del *Paradise* se encogía de hombros.

—Lo siento mucho, señor —decía suavemente—. Pero Luana es así. Tiene arrebatos de india, y no hay poder humano que pueda arrancarla de la voluntaria soledad en que dice ella que reposa.

Los crujientes billetes esgrimidos como pregunta práctica del lugar de «voluntaria soledad» donde Luana Vélez se aislaba, no conseguían que el dueño ni ningún camarero lo revelasen.

Luana Vélez había jurado que si alguna vez la importunaban en

su retiro de las afueras de Nuevo Laredo, dejaría de cantar en el *Paradise*.

En otras ocasiones, Luana Vélez permanecía en el *cabaret* hasta rayar el alba, y su animación, su fogoso ardor, admiraban a cuantos inútilmente trataban de conquistarla.

—Luana sueña con un príncipe azul a su medida —comentaba irónicamente, el desdeñado propietario del *Paradise*.

El minúsculo chalé donde se aislaba Luana Vélez, estaba rodeado de floresta y distaba cinco kilómetros de la ciudad. Tenía una galería cubierta formando cuadro en torno a la vivienda, y quien pisase esta galería, por más suave que anduviese, ponía en acción, ignorándolo, una lucecita verde que parpadeaba en cada una de las cuatro habitaciones de que se componía el chalé.

Luana Vélez, tendida sobre un diván, limpio el rostro de maquillaje, suelto el negro cabello, vestía una fresca y esponjosa bata.

La criada que durante el día limpiaba y guardaba la vivienda, al irse anochecido dejaba sobre una mesita el *Laredo News*, cuyos reportajes, henchidos de rebuscado sensacionalismo, parecían ser del agrado de la cantante mexicana.

Los leía, mientras la radiogramola destilaba en tono leve programas musicales, que Luana Vélez seleccionaba con esmero, rehuyendo cuanto tuviera estridencias de *jazz*.

Y la emisión de medianoche de la estación de radio WY 46 de Laredo, no se la perdía nunca, porque era la crónica de sucesos, que abarcaba desde los atropellos hasta los supuestos crímenes pasionales.

En el *Paradise* para oír esta emisión, se encerraba en su camerino. En su chalé, aquella noche, se limitó a abandonar la lectura del periódico y girar un botón de mando.

La voz flexible en matices del locutor a cuyo cargo corría la crónica de sucesos, relevó al que anunciaba las virtudes mágicas de un producto contra la calvicie.

«—Buenas noches, señoras y caballeros. Son las doce en punto. La hora cero de mi crónica, que hoy presumo les resultará de un excepcional interés. En estos mismos instantes en que les hablo, todos los puestos de vigilancia fronterizos retrasmiten la alerta a las ciudades del interior, y la policía mexicana, con su proverbial

cortesía se ha ofrecido a colaborar, destacando en todas las carreteras, vigilantes. El hombre que moviliza las fuerzas del orden y la ley es Robert Lark, el tristemente famoso *gángster*, que fue campeón de boxeo, después periodista, y por último asesino. El hombre que mató a su prometida y a su mejor amigo. El hombre que durante tres años imperó entre el hampa neoyorquina, escapando de la silla eléctrica y consiguiendo atravesar las tupidas mallas policiales tendidas a su alrededor. El hombre que hoy mismo, en el tren de las catorce que procede de San Antonio, fue sensacionalmente capturado por cuatro detectives especializados. El hombre que con brutal audacia ha huido a las veinte y quince cuando el tren entraba en la estación de Laredo».

Luana Vélez se instaló más cómodamente, cerrando los ojos y manteniendo sobre el pecho el periódico que daba un resumen de la accidentada vida de Robert Lark en sus noticias de última hora, impresas a las nueve de la noche, y de su fuga, prometiendo una edición especial para el día siguiente.

Robert Lark seguía haciendo ganar dinero a los rotativos.

«—La evasión tuvo lugar cuando al descender de la plataforma posterior escoltado por los cuatro detectives y esposado, Robert Lark, apodado *el Agresivo*, se lanzó a la vía, al paso de salida del tren de Houston. Por un instante, los pasajeros del vagón-bar creyeron que Robert Lark había preferido el suicidio a la justa sentencia de muerte que le esperaba. Había derribado a dos detectives, y los disparos de los otros dos se estrellaron contra la locomotora. En los andenes, la gente no tardó en comprender lo que pasaba. Algunos resultaron derribados por la veloz carrera con que el *gángster* esposado se lanzó hacia la salida. Su prodigioso salto calculando la décima de segundo, y burlando por milímetros la acometida mortal de la locomotora, le permitió fugarse. Todos los indicios conducen a la fácil deducción de que se ha internado en México, donde no ha de tardar en ser apresado. Los detectives americanos han logrado un permiso especial para atravesar la frontera, y las últimas noticias que me han comunicado indican que Robert Lark no puede estar muy lejos del perímetro comprendido entre las ciudades fronterizas de Hondo, Juárez y Nuevo Laredo. Es un deber de ciudadanía colaborar en la detención de Robert Lark, cuya exacta descripción física es la siguiente: estatura, un metro

ochenta...».

Luana Vélez tendió el brazo e hizo girar el botón. Había leído la descripción física de Robert Lark en el *Laredo News*. La fina selectividad del altavoz desgranó ahora arpeggios de violines de la famosa orquesta de Bernard Hilda.

Quería pensar en las sensaciones que debe experimentar un ser humano acosado físicamente. Por la descripción del periódico se forjaba la imagen de Robert Lark, el acosado.

Le veía con las manos esposadas corriendo por las márgenes del río, rehuyendo toda presencia humana, buscando los rincones oscuros, evitando las zonas claras.

No supo por cuánto tiempo permaneció pensando. Se irguió repentinamente, porque junto al portalibros, encima del estante situado frente a ella, la luz verde se encendía y se apagaba, intermitente.

Alguien andaba por la galería. El chalé tenía las cuatro habitaciones a oscuras, y sólo el débil fulgor del aparato de radio vertía un halo de claridad sobre el diván.

Cerró ella, y lo que no era más que un tenue rumor de música, se convirtió en profundo silencio. Un silencio hecho de expectación, porque Luana Vélez esperaba de un momento a otro la llamada de algún inoportuno admirador que hubiese logrado descubrir su «soledad».

Pero la lámpara seguía destellando con graves guiños verdes, y en la puerta no repercutía ningún eco de llamada.

Luana Vélez abandonó el diván. Sobre la alfombra, no hicieron ruidos sus pies calzados en finas babuchas.

Había oído el rumor de un arañazo, como si un roedor mordiese la madera de la ventana posterior del cuarto de baño.

Después, el mismo sonido había raspado el marco de la otra habitación posterior: la alcoba.

Luana Vélez demostró su sangre fría, cuando pisando tenuemente, alcanzó la ventana del salón y, tras la cortina, recorrió la falleba.

Retrocedió en la oscuridad, y desconectó el contacto que hacía funcionar la luz verde. Después introdujo la mano en el estante lleno de libros.

Cuando la volvió a sacar, empuñaba una pistola de cañón

desmesuradamente largo, porque un tubo silenciador prolongaba el negro acero.

Se adhirió a la pared, y aguardó. La cortina de la ventana ondeó levemente, impulsada por la brisa.

Alguien acababa de abrir la ventana. Unos zapatos marrones, dos piernas enfundadas en franela gris. El resto del individuo no se veía, oculto por la cortina, que cesó de ondear.

El intruso había cerrado tras sí la ventana. La cortina se ladeó al empuje de dos manos unidas por un doble aro de acero.

Luana Vélez abrió el conmutador. Clara y restallante, la luz eléctrica invadió la salita, y Robert Lark pestañeó, mientras la mexicana, en perfecto inglés, decía:

—No se mueva, Robert Lark.

En su diestra resaltaba la negrura de la pistola encañonada hacia el fugitivo.

Robert Lark se encogió de hombros en un gesto que resumaba un infinito amargor de desesperación. Miró la radio y el periódico.

—¿Por qué eligió mi casa? —preguntó ella.

—Necia pregunta. ¿Es que se puede elegir? ¿Se figura, acaso, que soy un turista buscando casa por alquilar? Vine hacia aquí porque no había luces, porque vi un coche parado tras la casa, bajo un cobertizo, y porque pensé encontrar una lima, un abrelatas, cualquier trasto que pudiera servirme para desembarazarme de este brazaletes.

Ella apoyó la mano izquierda sobre el blanco teléfono.

—Buen principio de madrugada, hermana —dijo Lark, con un rictus—. Va a ganarse cinco mil machacantes. Pero no le traerán suerte. Creo que será mejor que dispare.

—Lo haré si se mueve.

—¿Decidida, no? Bien, escuche. Ahora telefonea a la comisaría más cercana. Los polizontes pisarán a fondo el acelerador, y dentro de unos minutos estarán aquí. En estos minutos, ¿qué pasará?

—Nada.

—Mucho. Mire, señorita. Yo no me opongo a que los de la bofia cumplan con su trabajo. Tienen que comer. Pero usted, ¿me va a entregar para ganar cinco mil dólares? ¿Dormirá a gusto después de hacerlo? No lo crea.

—Nadie tiene remordimientos por entregar a un asesino.

—Yo maté a una mujer que me engañaba con mi mejor amigo. Eso es asunto de hombres. La ley dice que un hombre a quien le rompan el alma en cruel desensañón, no puede tomarse la justicia por su mano. Pero esto no se tiene en cuenta cuando la sangre arde.

—Fue usted el dictador del hampa.

—Cuentos de los periodistas. Yo no hice más que evitar que me perdieran el respeto. Para estar escondido entre maleantes se necesitan agallas y alardear de ellas, o si no es uno un pelele.

Apartó ella la mano del teléfono, pero su diestra seguía firmemente apuntando a Robert Lark, que prosiguió con vehemencia:

—Soy una fiera acosada. Sé que usted puede ganarse cinco mil dólares con sólo disparar o llamar por teléfono. Fíjese bien. Mi vida depende ahora de usted.

—No se mueva. Le oigo, pero no intente acercarse.

—La vida vale millones cuando uno está a punto de perderla. Ríase si quiere, pero le doy mi palabra de hombre, a la que nunca falté, que si me deja escapar, algún día recibirá usted más dólares de los que ahora le valdría el disparar contra mí.

—¿Tiene alguna mina de oro?

—Así me gusta, hermana. Que recobre usted el sentido del humor. Míreme bien. Yo soy de los que saben ganar dinero. Me han obligado a no andarme con escrúpulos. Mi único escrúpulo es agradecer a quien no me trata como a un perro sarnoso. Déjeme escapar y nunca se arrepentirá. Yo no sé llorar, no sé suplicar ni mendigar. Soy brusco. Si me dan un golpe, devuelvo diez. Si me dan un centavo de amistad, devuelvo un dólar de agradecimiento.

Luana Vélez señaló con la pistola el sillón, junto al diván.

—Siéntese, Lark. Si hubiese encontrado una lima, ¿qué hubiera hecho?

—Si usted tiene sed, ¿qué hace? —replicó Lark, sentándose.

—Bebo, pero tengo las manos libres.

—Una lima entre los dientes muerde muy bien. Me gusta usted, hermana. Tiene sangre fría. Detesto las nerviosas. Otra, en su lugar, habría disparado ya, o habría echado a correr. Es una ventaja, dentro de mi mala suerte, el que sea usted una mujercita decidida, hermana.

—Me llamo Luana.

Sonrió Lark, y la mexicana pensó fugazmente que aquella sonrisa convertía de pronto al guapo y brusco pistolero en un atractivo atleta, más peligroso aún desde el punto de vista femenino.

—Va bien, Luana. Déjeme escapar o deme algo que sirva para morder estos aros. La cosa está clara. Dispare o deje la herramienta. Écheme o telefonee. Desconfíe o no tenga dudas. Yo no soy un bicho. Si no me perjudican, soy de los que dicen: «Vive y deja vivir».

Luana Vélez depositó la pistola sobre el estante. Señaló el mueble-bar que soportaba la radiogramola.

—Hay un sacacorchos que tiene varios abrelatas. Pruebe y yo correré el riesgo.

—Así me gusta, Luana —y sonriendo, mientras se inclinaba y apoyaba las dos manos esposadas en las manijas del mueble para abrirlo, Lark añadió—: ¿Pongo música? Aunque si pudiera oírla, le agradaría la melodía que canta mi corazón. ¡Diantres! Casi me siento poeta, hermana. Buen sacacorchos. Creo que con paciencia me quedarán libres las manos. Tengo práctica, y en presidio me enseñaron algunos trucos referentes a un caso como éste.

Luana Vélez observaba los gestos del que con los dedos conseguía separar el acerado y corvo pico de un abrelatas, cogiendo entre los dientes el extremo del sacacorchos.

El áspero gemido de los aceros frotando uno contra otro rechinó.

CAPÍTULO III

El extenso organismo de la guerra secreta norteamericana trataba de suplir la falta de experiencia en los tenebrosos laberintos del contraespionaje acumulando los medios más científicos y seleccionando los cerebros más privilegiados.

Pero todos los adelantos y cerebros no lograban desplazar el factor eterno: el individuo.

Y entre los seleccionados que componían los distintos departamentos descollaban los agentes militando a las órdenes del jefe de la sección denominada Oss. La Oficina de Servicios Estratégicos era la equivalente norteamericana del *Intelligence Service* británico.

La sección central de la Oss en Nueva York, era también apodada Sección de Choque y exigía de los individuos que la componían extrañas actitudes.

Debían ser hombres dotados de las condiciones necesarias para volar una mina de bauxita en Albania o lanzarse en paracaídas sobre la Francia ocupada o quitar la vida a un general alemán.

No se pedían magos prodigiosos, sino individuos inteligentes que no fueran supercerebros neuróticos.

Cinco eran las exigencias básicas para pertenecer al Oss: energía e iniciativa, inteligencia práctica, dotes de mando y seguridad, capacidad física y espíritu de observación.

Para pertenecer a la Oss eran necesarias, además de estas cinco cualidades, una complementaria: vocación por el suicidio.

—Pero un suicidio útil para la humanidad —decía siempre el jefe de la sección neoyorquina al nuevo enrolado—. Conocemos de usted los menores detalles de su pasado. Usted está desesperado íntimamente. Usted puede ser mañana un héroe de la patria.

Pero con Robert Lark el procedimiento había sido muy distinto. Y como el jefe de la Oss tenía que dar unos informes verbales urgentes a un alto mando militar, llegó el momento en que terminado su informe, aguardó, por si le era encomendada alguna nueva misión.

—¿Cómo ha resuelto usted el caso de los petroleros? —le preguntaron.

—Uno de mis agentes ha iniciado ya su actuación en la frontera mexicana. Creo que hasta hoy no le hablé de Robert Lark, señor.

—¿Robert Lark? Me suena este nombre. ¡Claro, fue el campeón de boxeo que mató...! Oiga. Hay sentencia de muerte contra este hombre. De costumbre seleccionamos algunos agentes sin sentimientos puritanos, pero el caso Lark dio y da demasiado que hablar. Hace apenas un mes lo capturaron unos

gun-men

en no recuerdo qué almacenes de la Quinta Avenida, y logró de nuevo escaparse.

—Me permito recordar que le remití para el archivo el expediente de Lark. Hay adjuntos un disco y un rollo de celuloide.

—Hágame un resumen.

—Fue un error judicial.

—La Prensa no se ha retractado. Precisamente no más tarde de anteayer leí los titulares: «*El Agresivo* vuelve a burlar la policía en Laredo». En fin, explíqueme y no le chispeen los ojos con tanta malicia. Ya sé que es usted un artista de las tinieblas.

—Los

gun-men

que capturaron a Lark en la Quinta Avenida, lograron apresarle vivo, porque aprovecharon el momento en que iba con una niña a la que estaba comprando perfumes. Diez años, señor —añadió el jefe de la Oss, para disipar equívocos.

—El *gángster* sentimental. Un título para folletín de Hollywood.

—Robert Lark llevaba tres años escondido entre el hampa. Cuando los

gun-men

me lo trajeron, me limité a exponerle mi convicción de que él no podía haber matado a su prometida. Le dije que no me basaba en pruebas, que era evidente que el juicio acumuló detalles acusadores

contra él, y que no se defendió, encerrándose en absoluto mutismo. ¿Desea oír el disco y ver a la vez la película, señor?

—Prefiero sus explicaciones.

—Había un boxeador sin aptitudes llamado Ben Poluski, que fue quien consiguió que la policía cogiera a Robert Lark con la pistola en la mano, frente a los cadáveres de su novia y su amigo. Ben Poluski se marchó a Lisboa. Yo envié a Lisboa a Robert Lark, y me trajo el disco y la cinta. La voz del disco es la de Ben Poluski, y la cinta reproduce la siguiente escena. Se ve a Ben Poluski colgado de los sobacos por unas correas que penden de un camarote de barco. Naturalmente, Ben Poluski ignoraba que en el camarote vecino, otro de mis agentes estaba filmando lo que sucedía. El otro personaje de la película es Robert Lark. El aspecto de Ben Poluski no es muy agradable. De por sí era lo más parecido a un gorila, y no mejoraba al estar colgante y sangrando de una zurra que acababa de propinarle Lark. El procedimiento que Poluski empleaba al servicio de la Gestapo. En la cinta se ve perfectamente el movimiento de labios de Poluski, que corresponde a lo que quedó grabado en el disco que iba imprimiéndose en el camarote.

—Naturalmente, sin que Poluski lo supiera.

—Claro, señor. Y lo que decía puede resumirse así: Poluski quería desembarazarse de su rival en negocios. Sabía que la prometida de Lark le esperaba en un parador de la carretera de Canadá. Avisó al amigo de Lark para que acudiera al parador. Estando ellos dos juntos, Ben Poluski, segundos antes de que Lark subiera al reservado, donde inocentemente charlaban la novia y el amigo, los mató. Después, en el rellano inferior, encontró a Lark y le dijo que su novia estaba en íntima cita privada con el amigo. A la vez le ponía en la mano la pistola recién disparada. Se fue a avisar a la policía. Y encontraron a Robert Lark alelado ante los dos cadáveres, con la pistola a la que faltaban cuatro balas. Las mismas que estaban incrustadas, respectivamente, en el corazón y cerebro de las dos víctimas.

—¿Por qué Lark no lo explicó así al tribunal?

—Sin el disco, sin la cinta, y sin mi explicación, ¿usted habría creído a Robert Lark? No, señor. Y por esto él se encerró en un obstinado mutismo.

—Bien. ¿Por qué este disco y esta cinta no están en poder del

Tribunal Supremo, y los periódicos no reivindican ya el buen nombre de Lark?

—Robert Lark lo quiso así. Es un poco duro de carácter, señor. Me dijo que lo que el Tribunal Supremo opinase le importaba un bledo, ya que esto no devolvería la vida a la mujer que amó.

—¿Y Ben Poluski?

—Falleció en el camarote del barco. Resultado del miedo y de la paliza.

—Lo celebro. Si Robert Lark regresa, no se olvide de permitirme que estreche su mano. Bien, ¿qué más dijo Lark?

—Que si la Prensa seguía hablando de él, y si le seguían considerando un *gángster* acorralado, tendría muchas más probabilidades de penetrar en círculos cerrados, vedados para todo hombre decente.

—Exacto. Dígame ahora qué pasó en la frontera.

—Hasta San Antonio viajó en un coche nuestro. Tomó el tren, y subieron también el sargento Maloney y tres de sus policías.

—Maloney y sus tres policías son magníficos.

—Es mi opinión, señor, y por eso están adscritos a la Oss. El expreso que termina viaje en Laredo aporta muchas noticias que inmediatamente atraviesan la frontera. Lark ha vivido tres años acosado, y no ha de esforzarse mucho para ser el clásico *gángster*, insolente con la policía. Se escapó tan teatralmente como fue capturado en el vagón-bar.

—Si hizo mucho teatro...

—No hay ningún actor, señor, ni el propio *sir* Lawrence Olivier, que salte por delante de una locomotora justo una fracción de segundo ante que las ruedas le rocen el pantalón.

—De acuerdo. Bien, supongo que vamos ya camino de Tampico.

—Las sucesivas y extrañas muertes de varios oficiales de petroleros norteamericanos, ocurridas en Tampico, así como dos financieros relacionados con los pozos petrolíferos mexicanos, han tenido como explicación oficial la de accidentes. Pero uno de nuestros agentes poco antes de ser apuñalado, había enviado un mensaje. Lacónico. Decía simplemente que estaba sobre la pista de una cantante mexicana llamada Luana Vélez, que se exhibe en un *cabaret* de la frontera, en la ciudad de Nuevo Laredo.

—¿Robert Lark ha ido a entablar amistad con Luana Vélez?

—Ha hecho más, señor. Ha buscado refugio, esposado, en la casita solitaria de la cantante.

—Si la mexicana es nerviosa pudo recibirlo a tiros.

—Éste es el peligro menor que a cada minuto corre el menos expuesto de mis agentes, señor.

—Bien. Robert Lark ha entablado amistad con Luana Vélez.

—En Tampico hay una zona que llaman el barrio reservado. Es como la Kasbah de Argel. Un lugar donde sólo pueden entrar, seguros de salir con vida, la hez y escoria del continente. Lo peor del hampa. Ninguno de mis agentes lograría entrar en ese barrio, señor.

—La Prensa le hace la suficiente propaganda a Lark para que ésta le sirva de la mejor tarjeta de introducción en la Kasbah de Tampico.

—Las muertes de los oficiales y financieros del trust petrolífero me han hecho deducir que en la Kasbah hay un grupo de pistoleros que por sus procedimientos tienen que ser yanquis. Y si Luana Vélez es la que le sirve de enlace desde Nuevo Laredo, indudablemente no se dejará perder la ocasión de contar con un valioso elemento como lo es Lark.

—Gracias por sus informes. Indudablemente no hay la menor exageración en calificar de suicidas a sus hombres. Buenas noches. Y no lo olvide. Si por algún milagro, Lark regresa, celebraré enormemente estrechar su mano.

CAPÍTULO IV

Separó Robert Lark los dos puños y escupió el sacacorchos.

—La fricción hace arder. Tengo los labios echando fuego. ¿Puede invitarme a tomar algo fresco?

Señaló ella una nevera reluciente de blancura que se destacaba en el comedor contiguo, visible por la abierta puerta.

Se dirigió Lark a la nevera. De una de sus muñecas pendía la rota cadenilla, tintineando.

Abrió las dobles manijas a presión de la hermética puerta de la nevera, y extrajo el botellín de agua desenroscándolo.

Bebió con placer. Sabía que no se apartaba de él la mirada y la enigmática sonrisa de Luana Vélez.

—¿Abstemio? —preguntó ella.

—Me sobra calor en las venas. No es que me guste mucho el agua, pero a falta de mejor...

—¿Champaña?

—Es agua picante. Prefiero un buen jugo de naranja con unas gotas de coñac.

Recorrió Lark el pequeño comedor. Y volviéndose hacia el umbral donde se reclinaba Luana Vélez, dijo:

—Me vendrían muy bien un formón y unos alicates, Luana. Los tendrá en su caja de herramientas.

—¿Por qué no examinó la caja de herramientas antes de entrar en mi casa?

—Lo hice. Pero tiene usted la mala costumbre de dejar bien cerrado el coche y la caja.

Desapareció ella para volver con un saco de mano del que extrajo un estuche de cuero alargado.

—Ése es el llavero. Hay también la llave del contacto.

—Gracias. Pero no seré tan torpe como para coger el volante, dar contacto y pisar el acelerador. Las carreteras están vigiladas.

—Por lo visto vale usted mucho.

—Para los polis, cinco mil dólares y el galardón de ufanarse por haberme cazado. Un galardón que no se ganarán.

Cogió el estuche-llavero y permaneció unos instantes mirando a Luana Vélez.

—Su novio es un tipo con suerte. Luana. Dígame, ¿cuándo me quede sin brazaletes, puedo volver, o ya estima que la he comprometido demasiado, y me largo?

—Vuelva. Tal vez pueda yo facilitarle datos que le permitan mudarse sin peligro.

—Ahora me doy cuenta de que los ángeles no tienen alitas en las espaldas. ¿O tiene usted alitas?

Atravesó el salón para abrir la ventana y salir por ella. Luana Vélez volvió a manejar los botones de la radio.

El coche bajo el cobertizo era un alargado «Plymouth», dos plazas, y la caja de las herramientas mostró su contenido reluciente, nuevo y sólido.

Aplicó Lark bajo el aro de acero la hoja del formón. Hizo presión y empezó a retorcer la grapa de los alicates.

Todo en rededor era absoluto silencio y oscuridad. Quedaron libres sus muñecas tras media hora de labor incesante.

Al levantar la ventana de guillotina comprobó que Luana Vélez había apagado de nuevo la luz, y sólo el halo del dial y el ojo mágico de la radio vertían un resplandor rojizo, aureolando la cabeza y hombros de la mexicana.

—Todo en orden. Esta musiquilla llorona me pone sentimental, Luana. Si yo fuera un burgués ordinario le diría: «Gracias. Cuento con mi eterna gratitud». Me iría y la olvidaría, o más posiblemente intentaría hacerle el amor. Pero yo no soy así.

—¿Cómo es usted?

Se sentó Robert Lark en el sillón, frente a ella.

—No sé quién es usted ni de qué vive. Tal vez sea una rentista, o una secretaria comercial. Y según qué clase de tipos no habrán pasada por su visual. Conocerá seguramente niños bonitos, acicalados cincuentones, sesudos negociantes. Posiblemente no tendrá mucha estima al género masculino, y hace bien. Pero yo soy

de otra pasta. Usted no me ha recibido a tiros ni ha hecho por ganar los cinco mil. Ahora tengo las manos libres, y hasta me ofreció un coche. Por tanto, si algo le molesta, si necesita algún servicio de esos de orden privadísimo, yo le haré saber dónde me encuentro. Bastará que me llame y pida por su bonita boca.

Los labios sensuales dibujaron una sonrisa encantadora.

—A lo mejor quiero enviudar.

—Pues vaya encargando la corona. ¿Dónde está ese imbécil que teniéndola por esposa le hace desear enviudar?

—Soy soltera, Lark. ¿Y dónde piensa instalarse?

—Permanentemente, en ningún sitio. Por ahora México, hacia el sur me parece más seguro que aquí en la frontera. Tanto me da ir al este como al oeste. Yo semanalmente, le mandaré a la dirección que usted me diga una postal con afectuosos recuerdos. Cuando me necesite, escriba a las señas del remitente y sabrá que yo no soy de los que hablan por hablar.

—¿Cómo se las compondrá para vivir?

—No se apure. Yo no soy de los que se ponen en una esquina con la mano abierta y tendida. La cierro en puño alrededor de una culata y cuando se me acaban los billetes, voy a por otra cartera.

Luana Vélez cogió una cajita que había a su lado, sacó un cigarrillo y la tendió a Lark, quien, sacando un encendedor de la cajita, le ofreció fuego.

Ella, para encender, asió con su mano la de Lark. Aspiró y volvió a echarse hacia atrás.

En sordina, la radio tocaba ahora *La rapsodia del Caribe*.

—Duke Ellington —comentó ella—. Un pianista de alma. ¿Le gusta la música, Lark?

—Sí, sobre todo, la sinfonía de la pólvora y el *clacket* de una pistola.

—Yo soy Luana Vélez, la cantante estrella del *Paradise*.

—No se nota.

—¿Por qué?

—A medianoche, sola, oyendo musiquilla, sin pintura. ¿Caprichosa?

—Mucho. Se lo voy a demostrar. Usted es americano y, por tanto, sabrá lo que es un *body-guard*.

—He conocido a montones. Son esos tipos que le guardan la

espalda a cualquier pez gordo que le pague. Rechacé tres ofertas, porque desprecio al que necesita que le cubran la retirada.

—Entonces me va a despreciar.

—¡Eh! Usted es una mujer, y, aunque no sea yo de los que tontamente opinan que la mujer es el sexo débil, es natural que una mujer no pueda andar a trompicones. ¿Es que la quieren «cribar»?

—¿Cribar?

—Bueno, eso quiere decir si hay alguien empeñado en agujerearle la piel, dibujándole rosas rojas a punta de plomo.

Los tres años de contacto continuo con los *gangsters* hacían que el lenguaje y los modismos empleados por Lark tuvieran toda la gráfica expresión del hampa.

—Tal vez. Lo cierto es que, a instantes, precisaría alguien en quien delegar la tarea de apartar a los importunos.

—Guardarle a usted la figura es elevarme al rango de guardián de una perfecta obra de arte. Pero... ¿se da cuenta? Si yo la sigo y me reconoce un sabueso, en vez de protegerla la comprometo.

—No sería aquí. Tengo un contrato para un puerto muy concurrido. Estuve ya y dejé a un enemigo poderoso. Un hombre que nunca perdona. No le temo tanto como a su hermano, que es mucho más rencoroso.

—Me sobran los detalles. Me basta con saber que la puedo servir, y en un terreno que sé moverme como el pez en el agua. Dígame dónde viven ese par de tórtolos y encargue dos coronas.

—Sólo recurriría a ese extremo si los dos hermanos me importunasen.

—¿Qué entiende por importunar?

—Quien a la fuerza quiere que le corresponda, quien desea meterse en mi vida privada, quien me acecha... En fin, Lark: ¿quiere ser mi guardaespaldas en Tampico?

—Apenas nos conocimos, ya le dije que hace usted preguntas de niña cándida. Cuente conmigo.

—¿Le parecen bien diez dólares diarios? Naturalmente las facturas de sastre y comidas son a mi cargo. Creo que es la costumbre.

—Trato hecho. ¿Cuándo irá a Tampico?

—A fin de semana. Para entonces ya se habrán cansado de buscarle. Hay aquí un sótano, cuya llave sólo empleo yo. Es algo

fresco, pero por las noches podrá permanecer aquí.

Robert Lark miró la lamparilla verde, que destellaba.

—Volví a poner el contacto con la galería exterior. Cuando alguien pisa...

En la puerta chocaron unos nudillos impacientes. Ella señaló a Lark el comedor, hacia donde se dirigió él pisando sobre la punta de los pies.

—¡Soy yo, Luana! ¡Cárdenas!

Quintín Cárdenas era el adjunto del comisario de fronteras.

Luana Vélez abrió, tras encender las luces.

Flaco y ojoso, Quintín Cárdenas, vestía descuidadamente un traje arrugado de dril blanco, y sus dedos huesudos ostentaban manchas de nicotina y uñas negras.

Su rostro melancólico y caballuno no daba fe de lo que era. Un hombre inteligente, amable mientras sospechaba; implacable cuando tenía certeza del terreno que pisaba.

—Supongo que estará usted sola, señorita Vélez.

—Supone bien, comisario.

—Nada más que adjunto, señorita Vélez.

—Los enterados dicen que es usted el que realmente manda en Nuevo Laredo. ¿Quiere beber algo?

—No, gracias —dijo él, sentándose a la invitación de la mexicana—. Estará enterada de que hoy ronda por los contornos un delincuente famoso que en el estado vecino es llamado *gángster*, pero que nosotros llamamos asesino. Su soledad podría serle peligrosa, aunque he observado que todas sus ventanas están bien cerradas.

—Le agradezco se haya molestado en venir a advertirme del peligro que ya el periódico y la radio anunciaron para todos.

—No vine a esto. El propietario del *Paradise* me distingue con su amistad, y esta noche estaba extrañado de que usted no hubiese ido a actuar. Como no ignoro que ha anunciado repetidamente que volverá a actuar en un salón de Tampico, pensé que a lo mejor preparaba su viaje. Y es mi deseo informarle de determinados puntos que pueden resultarle interesantes.

—Dicen todos que su conversación es siempre extremadamente interesante, señor Cárdenas.

—Favor que me hacen. Procuraré no defraudarla, señorita Vélez.

He venido principalmente para lograr una conversación privada.

—Sólo las paredes y yo le escuchamos, comisario.

—Esta ciudad es muy frecuentada por el turismo que recorre México. Es mi deber archivar el mayor número posible de datos sobre nuestros visitantes. Y mientras no alteren el orden, olvidamos las notas insertas en nuestros archivos.

—¿Tengo yo notas de poco aplicada, comisario?

—No existe contra usted el menor punto negro, señorita Vélez. Ahora bien, mi triste oficio me ha hecho concebir una imagen algo deplorable de la naturaleza humana. Desconfío de todo, veo sombras por doquier. Últimamente me han encomendado una misión especial. Ya no soy adjunto en Nuevo Laredo, sino que me han encargado la vigilancia de la ruta desde Nuevo Laredo a Tampico, pasando por Monterrey.

—¿Es un ascenso? No sabía yo que en México el poner multas a los coches que desarrollan exceso de velocidad era un ascenso.

—Me incumbe un papel poco grato. Algo así como guardaespaldas.

—Creí que esto era papel y oficio de *gángster*.

—Un policía es, la mayor parte de las veces, un *gángster* que dispara para defender la ley. Son muchos los viajeros llamados prospectores. Es decir, los que tienen negocios o participación en los pozos y compañías de petróleo. Y se ha dado alguna coincidencia curiosa. Veamos, por ejemplo, el caso del capitán mercante Merriman. Vino por tierra, en dirección a Tampico. Estuvo dos días en Nuevo Laredo. Era un gran admirador suyo, señorita Vélez.

—Bastante inoportuno.

—Llegó a Tampico, y al día siguiente su cadáver apareció flotando en el puerto. La información oficial fue que, debió dar un traspíe al dirigirse hacia el petrolero que capitaneaba. Veamos, por ejemplo, el caso del prospector Parker. Otro gran admirador suyo, señorita Vélez. En Tampico, lo recogieron, al parecer atropellado. Pero tenía huellas de goma en la boca y en las muñecas. Esparadrapo. El método que emplean las bandas norteamericanas. Usted ha cantado en varios salones de allende la frontera.

—¿Está usted acusándome de...?

—No, no. Me limito a señalar coincidencias. Por lo visto, su encanto resulta fatal para los admiradores relacionados con el oro

negro.

—Todas las noches son docenas los que pretenden cortejarme esgrimiendo copas de champaña, comisario.

—No lo dudo. Pero ahora van a llegar a Tampico dos personalidades de las finanzas que tienen gran interés en el negocio petrolífero. Los hermanos Byam. Norman y Spencer Byam. Aristócratas de las finanzas. Filadelfianos. Vendrán en su yate. Y me han encomendado les guarde directamente las espaldas.

—¿Qué tengo yo que ver con ello?

—Si por azar se relacionase con ellos, aunque dudo que el puritano Spencer Byam acuda a centros nocturnos de placer, me gustaría me ayudase usted amistosamente.

—Si se presenta la ocasión, no lo olvidaré.

—Entonces me voy ya. Debe usted desear estar a solas.

Quintín Cárdenas saludó con galante rendimiento. Atravesó la floresta que rodeaba el chalé. Dos sombras se pegaron a su costado.

—Lo dicho. Que ella no sepa que la vigiláis. Que ella no sepa que nos interesa saber cuáles son sus relaciones con el *gángster* que se ha refugiado en su chalet. Confío en vosotros dos. Lo que quiero es que cuando ambos estén en Tampico, podáis decirme dónde se esconde Robert Lark.

Robert Lark salió del comedor. Luana Vélez murmuró:

—No me fió de Quintín Cárdenas.

—En realidad vino a advertirla a usted. No es mal enemigo el que avisa.

—No es un vulgar sabueso. Lark. Vale mucho. Es capaz de hacerme vigilar.

—Puedo por mis propios medios ir a Tampico.

—No creo registren mi portamaletas. Hay cabida para usted. Pero ¿y si registran?

—No me cogerían.

—Matar a unos policías me pondría fuera de la ley. ¿Ve usted algún medio seguro de que ambos lleguemos a Tampico sin ser seguidos?

—Sí. Ir cavando un túnel. Llegaremos a Tampico en 1980, aproximadamente, pero sin peligro.

—Una broma desplazada, Lark.

—He querido decirle que hay que arriesgarse. Y como esto es de

mi ramo, déjeme correr el riesgo. Usted empuñe tranquilamente el volante de su coche y podrá desafiar cualquier registro.

—No. Usted vendrá conmigo. Desafiaré el posible riesgo de un registro. Pero si se presenta este caso procurará no matar.

—Haré lo posible por complacerla. Entonces, ¿qué? ¿Me hundo en las profundidades del sótano?

—Los Byam están al llegar a Tampico. ¿No lo oyó?

—Sí. ¿Y qué?

—Son los dos hermanos que le dije me odiaban. Mis personales enemigos.

—Entonces, ¿nos ponemos en marcha?

—Sí. Le agradezco no me haga preguntas, ni siquiera averiguar lo que motiva mi mortal querella con los Byam.

—Yo, hermana, no soy preguntón. Tengo que guardarle la delicia que son sus espaldas, y así lo haré. ¿Piensa que si la ven, los Byam empezarán a tiros con usted?

—No. Son aristócratas del crimen. Ellos no aprietan el gatillo. Pagan a otros.

—¿Le ayudo a hacer el equipaje?

* * *

El «Plymouth», conducido por Luana Vélez, no fue detenido más que una vez. El policía de tráfico no registró.

En la caja posterior, si bien encogido, Robert Lark viajó sin peligro hasta que el «Plymouth» entrando en Tampico, se internó por callejuelas tortuosas.

Pensaba en qué punto se unirían con claridad la misteriosa personalidad de Luana Vélez, los hermanos Byam, el petróleo y el comisario Quintín Cárdenas.

Indudablemente sería un punto del mayor interés para la Oss y su principal suicida.

El coche se detuvo. Habían sido siete horas seguidas de permanencia en la caja posterior. Abrió la cubierta Luana Vélez.

Estaban en un garaje totalmente cerrado y, no obstante, de fresco ambiente. Debía estar refrigerado por arriba, pensó Robert Lark, saltando de su escondrijo.

Se frotó los entumecidos miembros.

—Ya está seguro, Lark. Hemos llegado.

—¿Tampico?

—Un garaje particular de mi propiedad. Por aquí los registros de la policía son rarísimos. Prefieren actuar sobre seguro, y con delaciones de confidentes. Un mal barrio éste, Lark.

—¿Para quién?

—Para los que no son del hampa.

—Entonces yo estoy en mi elemento. ¿Cómo le llaman a este barrio?

—Panuco, por su cercanía al río del mismo nombre. Es como la Kasbah de Argel. Esta casa la tengo gracias a la amistad de Rita Cramer.

—¿Otro ángel como usted?

—La llaman la Sirena. Es fascinante. A esta hora estaría durmiendo. Pero ha oído el claxon y desde arriba ha hecho funcionar la apertura del garaje. Ahora conocerá a Rita Cramer *la Sirena*.

—Déjeme asirme a las solapas para no caerme al suelo redondo de fascinante relámpago aturdidor.

Sonrió ella.

—Hombre fuerte, ¿no? Incapaz de enamorarse, ¿no?

—Me enamoré una vez. Y le tengo más miedo a una mujer bonita que a un terremoto.

Se oyó un chirrido, y un panel del garaje, que en nada se diferenciaba del resto del muro, se alzó, descubriendo una puerta.

Luana Vélez, antes de entrar por el espacio abierto que mostraba el principio de una escalera, advirtió:

—Conmigo no corre peligro de enamorarse, Lark. Pero Rita Cramer es *la Sirena* y a veces la exaspera que algún hombre no se enamore al verla.

—Estoy avisado, hermana. Pero yo no he venido a dejarme entontecer por sirenas, sino a matar a los Byam.

—Es usted un poco bestia, ¿verdad, Lark? Pero sólo en palabras y en apariencia. Si le elegí es porque, además, es usted inteligente. Cuando vaya descubriendo todo el tejido sangriento que se está urdiendo en Tampico, no le bastarán sus músculos y su pistola. Tendrá que emplear el cerebro. Bien, subamos. No quiero hacer esperar más a *la Sirena*. Es en realidad uno de los principales jefes de Panuco.

Las escaleras eran estrechas y oscuras. Luana Vélez, extrañada, sintió en sus hombros la presión de las manos de Robert Lark, que la apartó susurrando en su oído:

—El «guardaespaldas» debe subir las escaleras delante, cuando atrás está todo cerrado.

—¿Sospecha algo?

Estaban cerca del rellano donde la escalera, truncándose, formaba otro ramal, invisible desde donde se hallaban.

—Tengo el oído fino —susurró Lark—. Y cuando hemos pisado el primer peldaño he escuchado un rumor muy claro.

—¿Qué era?

—Oh, nada de particular. El clásico rumor de echar hacia atrás la parte superior de una pistola para colocar una bala en la recámara.

Ella retrocedió, mientras, acostumbrados sus ojos a la reinante penumbra, veía cómo Robert Lark se llevaba la diestra a la funda axilar que en el chalé de Nuevo Laredo se había elaborado con tres correas, sujetando contra la parte superior del pecho, junto a la axila, la funda que contenía la pistola y silenciador con que Luana Vélez le había recibido al verlo por primera vez.

Robert Lark hizo algo extraño. Arrojó su encendedor al tramo invisible de la escalera, permaneciendo adherido contra el muro que le protegía cerca del rellano.

Sonó un silbido que restalló metálicamente.

Alguien había disparado con silenciador contra el ruido parecido al de un tropezón que había hecho el encendedor al chocar contra el primer peldaño del tramo donde alguien esperaba, disparando.

CAPÍTULO V

El mestizo silbaba armoniosamente el «corrido», y la orquesta lo coreaba simulando con sus instrumentos un piar de pájaros.

Si el compositor quiso reproducir un amanecer en la floresta mexicana, no era esta reflexión la que preocupaba lo más mínimo a los concurrentes del *Select*, el lujoso *cabaret* del elegante barrio Miramar.

La atención del público se concentraba en el centro de la pista, donde la elástica escultura ondulante de una bailarina evocaba con movimientos perezosos un despertar que imprimía cadencias de balanceo a sus hombros y lánguidos serpenteos a sus brazos.

Pero Spencer Byam apartó la mirada de la pista, casi con disgusto. Su enjuto rostro, de severos rasgos y boca firmemente trazada, de negros ojos intensos, tuvo un aspecto más ascético que nunca al contemplar a los que le acompañaban.

Su hermano Norman parecía hallarse muy a gusto, y en cuanto a Montagu Brent, impecable en su uniforme de capitán mercante, adoptaba con esfuerzo la actitud del hombre que se halla invitado por los patrones del yate que pilotaba. Mas en sus labios vagaba una sonrisa divertida, y sus ojos decían bien claro que la ondulante figura semidesnuda le atraía.

Ajeno a la extraña seducción de la música sensual y al tropical encanto de la bailarina, Spencer Byam volvió a meditar sobre el enervante *climax* de Tampico.

Algo debía de contener el ambiente del clima mexicano en el golfo. Un algo enervante que se infiltraba traidoramente en el espíritu de un hombre, cuando su hermano Norman, siempre comedido y entregado a sus negocios, había caído en el mal gusto de enamorarse ¡de una cantante!

No es que él pretendiera oponerse a los propósitos matrimoniales de su hermano. Al fin y al cabo, Norman tenía ya treinta y cuatro años, y era una buena edad para casarse y perpetuar el nombre de los Byam, ya que él, Spencer Byam, no pensaba en ello, y sobrepasaba en seis años la edad de su hermano.

Pero lo que le crispaba las mandíbulas en gesto duro y avinagrado era pensar en la mujer objeto de la elección de Norman.

Innegablemente era bonita. Pero además de ser llamativamente exótica, era cantante de *cabaret*. No valían eufemismos. Por más que Norman pretendiera que no sólo ella en su conducta privada era irreproachable, sino que por añadidura su «arte» era único.

¿Arte? Spencer Byam se preciaba de ser un *dilettante*, y lo atestiguaba no sólo su discoteca de ópera y su abono a la Filarmónica de Filadelfia, sino...

—¿Te aburres, Spencer? —preguntó Norman, sonriente y fijando en él sus pardos ojos.

Aparte de acumular millones, el único afecto de Spencer Byam era su hermano.

En la pista, ahora totalmente iluminada, bailaban ya parejas a los acordes de un sincopado fox. Spencer contempló un instante con expresión compasiva el rostro agradable y simpático de su hermano menor.

—Me distrae verte distraído —replicó concisamente.

El capitán Brent hubiera preferido la compañía de aquella morena de ojos prometedores que le miraba sonriente e invitadora, pero tosiendo innecesariamente adoptó un aire circunspecto y grave.

No debía olvidar que era invitado de los hermanos Byam, y secretamente tenía un respeto casi rayano en temor a Spencer Byam *el Puritano*.

—¿Y usted, capitán, no se aburre demasiado? —inquirió Spencer.

El interrogado se apresuró a manifestar que estaba pasando una velada deliciosísima.

Norman Byam, con la cualidad que su hermano mayor calificaba de «juvenil petulancia», emitió una breve carcajada:

—Comprenderás, Spencer, que el capitán Brent no puede decirte que preferiría bailar en vez de verse obligado a servirnos de

pantalla contra la maledicencia.

La irlandesa tez del marino adquirió un leve tinte rosado. Simpatizaba con el carácter abierto y sin rigidez de Byam *junior*, pero había que reconocer que parecía complacerse en colocarlo en situaciones bastante apuradas.

—¿Pantalla? No te comprendo —dijo Spencer, enarcando las cejas.

—Si hubiese en la sala algún reportero indiscreto a la caza de noticias sobre la «colonia americana», no podría escribir que vio a los hermanos Byam en el *Select* buscando diversión, sino que al ver el uniforme de Brent achacaría las culpas a éste.

La respuesta de Spencer Byam quedó inédita, porque cuando iba a hablar, mesuradamente, pero con energía, su hermano, con ademán suplicante, le impuso silencio.

La pista había quedado de nuevo desierta, y el pianista de la orquesta empujaba suavemente el «Pleyel» de ruedas hasta colocarlo en el centro de la pista.

Arpegio una melodía en hábil *crescendo*, y el foco azulado aureoló la aparición de Rita Cramer, saludada con discretos aplausos.

Enfundada en un plateado vestido de noche que la modelaba, y con el negro cabello suelto sobre los morenos hombros, Rita Cramer, con las manos cruzadas sobre el escote, se reclinó sobre el piano.

Y con los ojos dirigidos a la mesita que ocupaban los Byam y el capitán, empezó a cantar.

¿Arte?, meditó Spencer Byam, malhumorado, repiqueteando nerviosamente sobre sus rodillas. Lo que oía era una sencilla *torch-song*; un ritmo lento de finales alargados, cantado con pastosa y honda voz de contralto. La letra era infinitamente poética, sin sensiblerías.

Al terminar la canción estalló una salva de aplausos. Los más entusiastas eran los de Norman Byam. Y el capitán Brent le ayudaba vigorosamente, hasta que al sorprender el ceño fruncido de Spencer Byam cesó de entrechocar sus palmas, examinando con repentino interés el artesonado del techo.

—Es sencillamente prodigiosa, Spencer, digas lo que digas. Cuando canta, créeme, siento un algo extraño que se remueve en mi

pecho como si el corazón volviera a ser adolescente.

—Desconocía en ti esas dotes románticas. Norman —comentó Spencer sarcásticamente.

Cortésmente se levantó, imitándole el capitán.

Junto a la mesita, Rita Cramer destacaba su exótica belleza. La tez morena y pómulos salientes eran los rasgos pronunciados que atestiguaban su ascendencia criolla, confirmada por la característica indolencia de sus ademanes.

Sonrió exhibiendo unos dientes menudos y blanquísimos que resaltaban entre los labios bermejos y el moreno cutis.

—No saben cuánto les agradezco su personal presencia a mi modesta actuación —dijo con su cantarino acento de agradable musicalidad.

—También nosotros le agradecemos que infrinja su contrato proporcionándonos el honor de su compañía —replicó Norman—. Le presento a mi hermano Spencer y al capitán Montagu Brent.

Se sentó entre el capitán y Norman. Spencer observaba las manos marfileñas, de alargada contextura y de granates uñas. Sin el ridículo accidente ocurrido dos noches antes, nunca la habría conocido Norman y no habría ocurrido lo que estaba ocurriendo.

Una *gold-digger*^[1] tenía múltiples recursos para entablar conocimiento con Norman Byam, que además de ser un hombre atractivo, valía por lo corto cinco millones de dólares.

—Y siempre en mis contratos añadido la cláusula de que bajo ningún concepto alternaré en la sala —decía ella—. Naturalmente que en esta ocasión se trata de algo fuera de lo corriente.

—¿Entonces puedo aspirar a que me haga el honor de este baile?

Maquinalmente se puso en pie Spencer Byam al levantarse ella para salir a la pista acompañada de Norman.

¡Eso era lo que faltaba! Ponerse en evidencia bailando con la que hasta entonces podía muy bien haber aparecido como una amistad del «marino». Brent, que para eso lo había invitado él, aunque su hermano acababa de inutilizar la pantalla.

Inquieto, paseó fugaces ojeadas por toda la sala en busca de algún rostro conocido, que luego pudiera relatar en Filadelfia que Norman Byam bailaba y demostraba a todas luces su enamoramiento con una cantante de *cabaret*.

Disgustado, observó la expresión respetuosa de Montagu Brent.

Ya ¿de qué le servía aquel hombre? Alisó el chaleco de su *smoking* y, escogiendo las palabras, preguntó cautelosamente:

—¿Y cómo fue ese dichoso accidente, capitán?

—Su señor hermano viró demasiado ceñido, y al doblar la esquina de La Barra rozó con el guardalodos a la señorita Cramer. Creíamos haberla atropellado, y su señor hermano no respiró hasta dejarla en el hotel y hubo declarado el médico que no era más que una contusión superficial en lo alto de la rodilla, señor.

Spencer Byam se dignó sonreír. El eufemismo del capitán era excesivo.

—Somos ya mayorcitos, capitán. Citar una magulladura en un muslo femenino no ofende ningún oído.

Envalentonado por la sonrisa que era una rara manifestación en el repertorio de gestos severos de su principal patrón, continuó Brent:

—Su señor hermano fue ayer y hoy al hotel para comprobar que la señorita no se resentía del encontronazo y quiso a toda costa, llevado de su generosidad, proporcionar cualquier compensación o desagravio a la señorita Cramer. Ella afirmó que el mejor desagravio sería que él acudiera a oírla cantar. Dijo que, siendo como era californiana, hija de madre mexicana, tendría sumo placer en contar entre su auditorio a compatriotas.

Regresaba a la pista la que era objeto del velado interrogatorio de Spencer Byam. Este creyóse obligado a manifestar interés.

—¿Puedo confiar, señorita Cramer, en que está usted por completo restablecida?

—No fue nada, señor Byam. Le quedo muy agradecida a su atención; de veras.

Considerando cumplir el deber de más elemental cortesía, Spencer Byam se desentendió de la animada conversación que sostenía su hermano con aquella mujer que tenía la desfachatez de asegurar que era compatriota de ellos, los Byam, los Byam de Filadelfia.

Personalmente, él, Spencer Byam, aunque del *Club de los Cincuenta de Filadelfia*, se consideraba muy por encima de vulgares prejuicios raciales, pero, en fin, todo tenía un límite.

No sólo su hermano había incurrido en la deplorable insensatez de enamorarse sin disimulo de una cantante, sino que, por

añadidura, ella, que se había apresurado a declinar su condición de «californiana hija de mexicana» para justificar su tez oscura, tenía que ser indudablemente nieta o bisnieta de achocolatados mestizos.

Y esta idea hizo estremecerse a Spencer Byam, pese a la tibieza de aquella noche espléndida.

¡Qué dirían cuando lo supieran los del *Fifty Club*!

* * *

Todas las noches antes de acostarse, fuera en Filadelfia, en alta mar o en hoteles del interior, Norman Byam, una vez en pijama y con bata, acostumbraba dar las buenas noches a su hermano.

Venía a ser como un breve resumen de los principales hechos del día los comentarios que intercambiaban.

En el salón a que daban salida los dos camarotes, Spencer Byam escuchó con benevolencia, el resumen de la reciente excursión.

—A la que te separaste de nosotros, yéndote con Brant, Rita y yo fuimos a pasear. Es magnífica. Y no es la belleza pagada de sí misma, sino que es inteligente.

—Yo, Norman, nunca me opongo a tus aventurillas. Pero me gustaría comprendieras que son muchos millones los que están en juego. No es, pues, el momento más propicio para paseos al claro de luna.

Norman Byam encendió un cigarrillo, y su voz se hizo repentinamente mordaz:

—Rita Cramer es una de las reinas del barrio reservado de Panuco. Está metida en nuestro asunto. ¿Cómo? ¿Con quién? Lo averiguaré, no lo dudes.

Spencer Byam entrecerró los párpados:

—Bien, Norman. Debí suponerlo. ¿La estás adormeciendo?

—Algo parecido. Ella creerá que me sacará lo que desea, y yo pienso vencerla en su propio terreno. Además...

Hizo Norman una pausa muy voluntariamente elocuente:

—Además conoce a Luana, y es amiga suya.

Spencer perdió toda su fría ecuanimidad de socio del *Fifty Club*. Destellaron sus ojos y, crispando los paños, exclamó:

—¡Maldita zorra! ¿Está en Tampico?

—No lo sé todavía. Pero apenas llegue, la recibirán adecuadamente, no lo dudes.

—¿Quién?

—Tony Gardoni se encarga de ello.

—¿Personalmente?

—Personalmente se cuida de indagaciones duras, peligrosas. Tiene libre paso en Panuco. Para recibir calurosamente a Luana ha dejado a Luigi *el Siciliano*.

—Creo que la eliminación de este rival enojoso que es Luana Vélez merecerá ser celebrada. ¿Sabe Luigi que eres tú quien desea que Luana desaparezca?

—No, no. Cree que es asunto personal de Toni Gardoni.

—Bien, Norman. Me has tranquilizado plenamente. Eres un gran muchacho, un lince en los negocios. Últimamente me ha preocupado mucho el pensamiento de qué es lo que sabe Luana Vélez. Mejor dicho, qué pruebas podía tener...

—Duerme tranquilo, Spencer. Luana Vélez, apenas llegue a Tampico, dejará de entrometerse, porque se ha encargado de ello Toni Gardoni, y su ejecutor, Luigi *el Siciliano*, no falla. Lo han demostrado con Parker y Merriman.

Poco antes de sumirse en el país de los sueños, Spencer Byam respiró con satisfacción. Quedaban eliminados dos peligros: el que suponía Luana Vélez, y la supuesta caída de Norman, un Byam, en las redes de una sirena de puerto.

Y se acercaba el remate del Gran Negocio.

CAPÍTULO VI

La bala rebotó, desplazando el encendedor, y otro balazo desconchó el muro a media altura.

Robert Lark empujó rudamente a Luana, que comprendió, y apresuradamente corrió, bajando las escaleras hacia el garaje.

Pesadamente, emitiendo un sordo insulto y gimiendo entrecortadamente, Robert Lark se dejó caer de bruces, haciendo chocar contra los peldaños su pistola.

Quedó tendido, silencioso, inmóvil.

Unos pasos tenues descendieron. Suelas de goma. Una linterna proyectó su rayo sobre el cuerpo tendido, y la pistola que yacía lejos de Lark.

Luigi *el Siciliano* oyó correr unos tacones altos por el garaje. Miró de nuevo al hombre que no respiraba, vigilante con el dedo en el gatillo.

Recordó que los diez mil dólares eran como recompensa si aparecía flotando en el puerto el cadáver de Luana Vélez.

Iba a escapársele. Pasó junto al presunto cadáver masculino.

Lark tenía las manos apoyadas en los escalones. Se incorporó practicando el salto que en el gimnasio gustaba de hacer sobre las paralelas, por diversión.

Ahora se trataba de evitar un balazo, y sus músculos actuaron como muelles de acero. Su diestra rodeó la muñeca armada, mientras su zurda propinaba un fulminante directo en plena cara del siciliano.

Luigi lanzó un grito al sentir que los nudillos contundentes le abrían un doloroso surco en la nariz.

Iba a caer, pero Lark lo sostuvo, empujándolo contra la pared del rellano. La pistola disparó contra el techo.

Retorció la muñeca, que crujió, dejando caer la pistola.

Débilmente, Luigi probó de defenderse, pero por encima y debajo de sus puños en guardia penetró una y otra vez la terrible e implacable izquierda. Emitió algunas quejas mortecinas, que cesaron pronto al perder por completo el conocimiento.

Recogió Lark de los peldaños las dos pistolas. La suya volvió a enfundarla junto al sobaco, y la de Luigi se la colocó en el cinto, entre la camisa y el pantalón.

—Paso libre, Luana —anunció—. Este tipo está solo. Lo garantizo. De lo contrario ya habrían silbado sus compadres.

Luana Vélez volvió a subir las escaleras. Vio a Lark que, inclinándose, cargaba sobre su hombro al desmadejado siciliano.

La cabeza pendía encima del pecho de Lark, que cogiéndolo por los cabellos, le alzó el rostro.

—¿Conoces al mozo?

—No —dijo Luana.

El rostro sangrante de Luigi la impresionó, así como los gestos de Lark, que terminando de subir la escalera, penetró en una especie de salón donde dejó caer al suelo al desvanecido.

Le cacheó concienzudamente.

—¿Dónde está la sirena?

—No lo entiendo. Ha debido de pasar algo.

—Seguro —rió Lark—. Y nos lo dirá este mozo. Puede instalarse, Luana. Tendré que interrogar a éste cuando recupere la sesera. No es muy divertido de ver.

—¿Piensa matarlo?

—Él lo intentaba. No obstante, yo no me desayuno con cadáveres. ¿Quiere o no quiere saber por qué la han recibido a tiros?

—Sí.

—Pues entonces déjeme a mí el timón. Esto no es más que crápula y compañía. Y no podemos bailar al son de vales. ¡Vaya! Parece que el mozo trata de averiguar quién es, dónde está y qué le ha pasado.

Luana Vélez estremeciéndose, se sentó.

Lark se inclinó y asiendo por las solapas al caído, lo puso en pie llevándolo contra una pared en la que lo apuntaló metiéndole el puño en el estómago.

Luigi era astuto. Y sin serlo, hubiera adivinado también que quien lo mantenía en pie no era un aficionado.

—Hola, hola. Ya tenemos hombre. ¿Cómo te llamas, encanto?

—Luigi Scelba.

—Italiano, naturalmente.

—De Sicilia. Naturalizado en Chicago.

—Pues canta claro o vas a fenecer en Tampico. Retrocedió Lark un paso y, vacilante, Luigi se afirmó sobre los tacones. Miró a la mujer sentada.

—¡Señorita Vélez! Fue un error que...

—Estás hablando conmigo, bebé. Deja a la señorita. Me parece que estás buscando el ramo de lirios sobre la caja negra.

—¡Fue un error! —Inventó apresuradamente Luigi—. Yo esperaba aquí porque protejo a Rita Cramer. Oí la señal convenida y di paso al garaje. Vi desde aquel mirador —y señaló un rectángulo de hierro con orificios que sustituía una loseta— el coche y a la señorita. Todo iba bien, cuando de pronto le vi salir a usted de la caja posterior. Me supuse que se iba a cargar a la señorita, o que se había aprovechado para entrar aquí, y por eso disparé.

—¿Sí?

El puño izquierdo de Lark partió tan rápido que Luana Vélez, que le observaba, ni siquiera se dio cuenta del puñetazo.

Vio a Luigi caer sentado, sacudiendo la cabeza y gimoteando.

—No es preciso ser brutal inútilmente, Lark —dijo, molesta—. Este hombre parece que dice la verdad.

Sin volverse, Lark dijo secamente:

—Este asunto lo estoy llevando yo, hermana. Quieta y calladita. Ya le dije que esto es el baile de crápula y compañía. ¡Anda, pillastre! Ponte en pie, y si sigues tomándome por un palomito te estrellaré la cabezota contra la pared. Te recogerán hecho un tómate reventado. Por si acaso te interesa saber quién soy, llámame Robert Lark.

El siciliano, dificultosamente, se puso en pie.

Lark descargó un revés en palmada contra el pecho del que se tambaleaba.

—No te hagas el tonto, Luigi. Cuando yo pregunto me gusta que me contesten bien y pronto. Desde donde mirabas pudiste ver que la primera persona que subía las escaleras era ella. Cuando mi

encendedor chocó en el suelo creíste que era el pie de ella. Y sin embargo disparaste contra las piernas y el estómago. Sólo que diste en el encendedor y en la pared. Conque... a cantar. ¿Fue *la Sirena* la que te pagó el encarguito?

—No.

—Bueno, chico. Así vamos mejor. ¿Quién te pagó?

—No lo sé. ¡No! No me pegues. Yo te diré lo que pasó.

—Eso espero.

Tragó saliva el siciliano, deslizándose miradas ansiosas en todas direcciones.

—Esta tarde estaba yo durmiendo y vino un tipo bien vestido. Me dijo que la dueña de esta casa no vendría durante unos días. Que me metiera aquí y que protegiera a la señorita Vélez cuando llegase. Me dio mil dólares.

—Bien. ¿Y quién es el tipo?

—No sé.

—¿Lo reconocerías? ¿Cómo era?

—Alto, grueso, bien trajeado.

Luigi Scelba se proyectó hacia delante rodeando con sus brazos las rodillas de Lark.

Cabeceó con saña hacia el estómago de su adversario, pero el rodillazo que recibió en la mandíbula le impidió alcanzar su propósito y el puñetazo que recibió en la nuca le hizo caer al suelo como un buey abatido, retorciéndose inconsciente.

—Vea las otras habitaciones, Luana. A ver si observa algún detalle que le permita averiguar lo que le ha sucedido a Rita *la Sirena*.

—Puedo quedarme aquí.

—No le gustará la segunda parte del interrogatorio.

—Tengo que saber por qué este hombre quería matarnos, y quién le envió.

—¿Pudo ser *la Sirena*?

—No creo. Es mi mejor amiga.

—Hay muchas lápidas de mármol sobre enterrados que creyeron en el mejor amigo.

—No puede ser Rita, no.

—Allí tiene un teléfono. A estas horas, ¿dónde puede estar Rita?

—En el restaurante del *Select*, a lo mejor.

—¿No me dijo que esta casa era de usted?

—A medias con Rita. ¿Telefoneo?

—Sí.

Luigi se removió, arrodillándose y volvió a caer desvanecido.

Luana colgó el teléfono. En silencio volvió a sentarse.

—El barman dice que Rita está en su yate.

—¿Tonificándose de yodo y brisa salina?

—Con los hermanos Byam.

—Me suenan —ironizó Lark—. ¿No son sus entrañables amigos?

—Puede ser que ella no sea la que dejó a este pistolero. Puede ser que ella esté intentando seducir a uno de los Byam.

—Lo que puede ser, nunca nos debe preocupar, Luana, sino lo que es. Y este mozo nos lo dirá.

Inclinóse y levantando a Luigi lo arrojó de un empujón a las profundidades de un sillón.

—Moléstese, Luana, y averigüe si hay una nevera en la casa.

—¿Una nevera? —preguntó ella extrañada—. Sí. La hay. Una «Frigidaire» empotrada en la cocina.

—¿Cuánto vale? Sí, contésteme. No estoy loqueando.

—Nos costó a Rita y a mí dos mil dólares.

—Entonces me sirve. ¡Eh, Luigi! Despierta y abre los ojos. No te repantigues en la comodidad. Ya que te naturalizaron en Chicago, oirías hablar de *Rocco Big Boy*, ¿no?

Luigi pasóse la lengua por los labios. Se rascó el cuello, arrancándose el nudo de la corbata. Sudaba.

—¿Contesta? ¿Oíste?

—*Rocco Big Boy*, sí. Pero yo ¡no sé nada!

—Refrescaré tu memoria. *Rocco Big Boy* metía a los lobos mentirosos dentro de una nevera. Al principio debe ser agradable. Hasta tienes comida y bebida al alcance de la mano. Pero cuando pasan unos minutos se te encogen los calcetines y la camiseta.

—¡No! —gimió el pistolero, aterrorizado.

—¿Cómo que no? Estás llevándome la contraria. Hombre, haz el favor de creermelo cuando te digo que se te encogerán los calcetines. Después te hará el efecto que tus dientes son barras de hielo. Anda, vamos hacia la nevera. Costó dos mil pavos. Es de las garantizadas.

Avanzó Lark la zurda abierta. Luigi gritó:

—¡Toni! Fue Toni el que me pagó para la faena.

—Vaya, veo que estás entrando en razón. ¿Toni, qué más?

—Toni Gardoni es mi jefe. Yo no soy más que...

—Conozco el resto del disco. Él te mandó, y tú procuraste quedar bien. Lléguese al botiquín y mire si hay esparadrapo, Luana. Oyéronse los pasos de ella dirigiéndose a otra sala.

—No me liquides, Lark. Yo...

—No pierdo el tiempo aplastando insectos. ¿Dónde anda Toni?

—No lo sé, te lo juro.

—Bueno. Estás mintiendo, pero al fin y al cabo, Toni es tu jefe.

—Eso es —exclamó, aliviado. Luigi.

Luana colocó en la diestra abierta de Lark un rollo de cinta adhesiva.

—Avanza los puños. Luigi. Y nada de jugarretas o te dejaré tan colorado que parecerás una exposición de conservas de tomate a la puesta de sol. No te echaré al mar. Te devolveré a tu jefe cuando sea oportuno.

El esparadrapo fue apretándose alrededor de las muñecas que Lark había atraído hacia atrás, junto a la espalda del pistolero.

—Mejor que unas esposas, ¿verdad, Luigi? Debes de entender de eso.

La cinta rodeó ahora por tres veces la parte inferior del rostro de Luigi, cubriéndole la boca.

Y Luana pestañeó, porque nunca había oído hablar de cierta forma de inutilizar unas piernas.

Lark, agachado, iba desanudando los cordones de los zapatos de Luigi, para volverlos a anudar entre sí manteniendo juntos los pies calzados.

—¿Hay un cuarto de despojos con buen cerrojo?

—Sí. Donde se guardan las maletas.

—Estará muy bien allí este muchacho.

Cuando hubo cerrado la puerta del desván, entre cuyas maletas yacía Luigi, encendió Lark un cigarrillo.

—Creo que vamos bien, ¿no, hermana? Supongo conocerá a Toni Gardoni.

—En este barrio todo el mundo conoce a Toni Gardoni.

—Yo también le conozco, y él me conoce. Lo que quería saber era por dónde transitaba.

—Juega mucho al póquer. Ya al garito de Chucho *el Mescalero*.

Robert Lark se arregló la americana y la camisa.

—¿Es que se va, Lark?

—Naturalmente. Usted me contrató como guardaespaldas. Yo cumplo y trabajo concienzudamente.

—¿Es que no sabe que meterse con Gardoni, aquí en Panuco, es suicidarse?

—Lo que sé es que Toni Gardoni ha recibido billetes para quitarla a usted de en medio. ¿Por qué? ¿Es que Toni le hizo la rosca?

—¿Cómo?

—Si le bailó el agua.

—No entiendo.

—Caramba, pues es buen inglés. Pregunto si Toni está chalado por usted.

Rió ella nerviosamente.

—Comprendo. No. Toni tiene ya su novia.

—¿Está enemistado con usted?

—Tampoco. Lo más que hemos hablado ha sido para decimos «hola» y «adiós».

—Entonces está claro. Alguien ha pagado a Toni para esta faena. ¿Quién? Me lo dirá Toni. No me harán falta neveras ni puñetazos. Sólo me hará falta que usted esté incómoda durante unas horas. Voy a ir a jugar al póquer con Toni Gardoni.

—Tengo miedo.

—Vaya, lo celebro. Ahora es usted una mujercita de verdad. Hasta ahora estuvo fingiendo. Queriendo demostrar que era dura y no es así.

—Toni le matará.

—¡Bah! La crápula ha sido mi compañía durante tres años. Haga lo que yo le diré, y verá cómo en esta partida de póquer con Gardoni yo abatiré el póquer de ases. Que es saber quién tiene empeño en matarla a usted. Y si le interesa sabrá por qué.

—No me deje sola.

—Escuche, hermana: cuanto antes se embiste, mejor. Se ha convencido ya de que alguien quiere liquidarla, ¿no? Por lo que sea...

Ella murmuró:

—Petróleo.

—¿Eh?

—Sería muy largo de explicárselo, Robert.

El agente de las Oss replicó:

—Eso no me interesa. Yo...

—Ya sé, ya sé —dijo ella con sonrisa fatigada y ademán de tristeza—. Usted me está agradecido porque yo le ayudé. Y ahora quiere ir matando a quien me quiera hacer daño.

—O tal vez me dé usted la impresión de una corderita que se metió en corral de lobos. ¡Y vaya, seré un necio sentimental!, pero no quiero que le pase nada malo.

Luana Vélez pensó que era una lástima que aquel muchacho rudo y apuesto fuera un asesino. Sentíase extrañamente atraída hacia él.

—Ye le explicaré. Robert.

—Los que me aprecian, muy poca gente, me llaman Bert. Bueno, me lo explicará en otra ocasión. Ahora sea buenecita y haga lo que yo le diré. Nadie entre aquí mientras esté fuera. Poco tiempo. Lo que dure una partida de póquer con Toni Gardoni.

CAPÍTULO VII

El tugurio de Chucho *el Mescalero* tenía tres pisos. En la planta baja se bebía y bailaba al son de acordeones y guitarras.

En el primer piso se jugaba. Y al segundo sólo tenían acceso los prohombres del hampa.

Toni Gardoni tenía una sala personal en este piso. El póquer era su pasión.

Había huido muy apuradamente de Chicago para refugiarse en Nueva York. Después tuvo que huir de nuevo. Había podido demostrarse que era autor, unas veces, e inductor otras, de siete asesinatos.

Toni Gardoni, lentes con montura de oro, ademanes untuosos, pelo brillantado que encubría una incipiente calvicie, faz repleta y bien rasurada, ofrecía el aspecto de un próspero jefe de oficinas.

Bajo la pantalla central que vertía su luz encima de la mesa cubierta con verde tapete, estaba esperando para empezar la partida barajando naipes.

No tardarían en llegar los otros dos componentes de su *gang*, Guido y Frankie Palermo.

Llamaron a la puerta.

—Adelante —invitó Gardoni.

Era uno de los rufianes de la casa. Se deshizo en saludos.

—Señor Gardoni. Hay abajo un desconocido que dice que quiere verle. Un americano.

—¿Y qué están haciendo Guido y Frankie?

—Le vigilan, señor Gardoni. El amo Chucho me manda para que usted, señor Gardoni, diga lo que hay que hacer.

—Las visitas son raras en este barrio, sobre todo de desconocidos americanos. Que Guido y Frankie lo traigan.

Pasaron unos minutos. Toni Gardoni siguió barajando.

Tres toques en la puerta precedieron la entrada de dos individuos que silenciosamente se apoyaron uno a cada lado del umbral.

De aspecto corriente ambos, Guido Chiusa y Frankie Palermo se asemejaban en la dura frialdad de sus ojos y en el abultamiento de la parte izquierda superior de la americana que pese al corte especial no lograba disimular del todo la presencia de la funda axilar.

Robert Lark pasó entre ellos y avanzó hacia la mesa.

—Las precauciones nunca sobran, Toni. ¿Qué tal?

—*¡Porca miseria!* —exclamó Gardoni, con la falsa cordialidad que era norma entre todos los cabecillas del hampa que ostentaban un buen récord delictivo—. ¡Pero si es *el Agresivo!* ¡*Corpo di Baco!*

Se levantó, entrelazando su blanda diestra con la de Lark, y palmoteándole los hombros. Lark le imitó.

—Imbéciles —deslizó Gardoni hacia los dos pistoleros—. ¿No supisteis adivinar que este gran tipo es uno de los míos?

—No les regañes, Toni. Los chicos cumplieron. Perdónalos, porque te guardan bien.

—Vaya, vaya. ¡El mismo Bert Lark en carne y hueso! Ya leí, ya... Pero te veía negro, Lark. Toda la «bofia» pisándote las suelas. Hay que celebrarlo. ¡Guido! Champaña... Bien, bien. ¿Y qué te trae por Tampico?

—Sacudirme de encima los piojos. También echar una manita de póquer contigo y tus ángeles de la guarda.

—Vaya, vaya. ¿Y cómo supiste que estaba yo aquí? Trae las copas, Frankie.

—Eres una de las celebridades de Tampico, Toni. No me pongas hielo en la copa, Frankie. Me da dentera.

Rió Gardoni como si acabase de oír la más graciosa de las ocurrencias.

—Siempre tan «sembrado» este muchacho. ¿Qué? ¿A cuánto el resto? ¿Vas bien de pasta?

—Mi límite es el cielo. Llego hasta diez grandes.

—Se ve que se te dan bien los negocios. Trae otra baraja, Guido. No hay muy buenos golpes por aquí, Robert. ¡A tu salud!

—¡Prosperidad!

Chasqueos de lenguas y aparentes jovialidades, pero los dos, sentados uno frente a otro, estaban alertas.

Barajó Gardoni, ofreciendo la baraja para el corte. A su señal se sentaron a cada lado Guido y Frankie.

Cada cual amontonó delante un rollo de arrugados billetes.

Repartidas las cartas, hechas las apuestas, envidó Gardoni, llevándose el dinero.

—Quien bien empieza, mal acaba —murmuró Lark.

—Más champaña. Hace calor. ¿Tienes algún negocio entre manos, Bert?

—Posiblemente. Tú das, Guido.

Esta vez ganó Frankie Palermo, abatiendo un trío de reyes.

—Tres reyes. Esto me recuerda algo —comentó Lark. Después de jugada otra mano, comentó Gardoni:

—Somos cuatro. ¿Viniste sólo a la ciudad?

—No. —Y tras una pausa—: Dices que sois cuatro, ¿eh?

—Sí. Otro buen elemento: Luigi Scelba, un siciliano.

—¡No me digas!

—Dos cartas —pidió Frankie.

Reinó el silencio, sólo truncado por las palabras referentes a cantidades. Ganó Guido.

—¿Qué pasa con Luigi? Parece que te sorprendió, Bert, saber que Luigi es uno de los míos.

—Luigi está en estos momentos cabeza abajo, con cinta pegajosa en el hocico y en los puños.

Toni Gardoni se quitó los lentes. Pasó por los cristales un fino pañuelo de seda.

—¿Cómo dijiste, Lark?

—Que Luigi está inmóvil y metido dentro de un cuartucho.

Guido Chiusa barajaba incesantemente. Frankie Palermo sirvió champaña.

—¡Imbécil! —exclamó de pronto, con voz cortante, Gardoni—. Es un imbécil ese siciliano. ¿Cómo cayó?

—Quiso agujerearme el pellejo, y tú sabes, Toni, que esto no me gusta. Yo no sabía que era uno de tus muchachos, y le zarandeé un poco.

—¿Es que teníais algo pendiente?

—Ni nos conocíamos.

—¿Entonces?

Robert Lark bebió y emitió un suspiro.

—Tu champaña es de los buenos.

Las miradas de los otros dos eran huidizas. De vez en cuando se arreglaban innecesariamente el nudo de la corbata.

Un gesto que Lark conocía. Facilitaba la proximidad a la culata sobaquera.

La atmósfera estaba caldeada. No cabía duda que a la menor señal de Toni Gardoni estallaría la reyerta.

—¿Y cómo fue eso, Bert?

—Contigo puedo ser claro. Yo atravesé la frontera por los pelos. Me refugié en una casa de campo. Había una moza, no fea del todo. Le metí miedo, y como era conocida de la «bofia» y tenía un coche, la obligué a que me condujera hasta aquí. La tenía sumisa. La obligué a que me diera un refugio. Y ahora viene lo bueno. Entramos en su garaje. La llevaba yo por delante, cuando... Bueno, ya tú me conoces, Toni. Para dármela con queso hay que haber comido muchas sopas. Me di cuenta que alguien estaba en lo alto de la escalera recargando el cañón. Estuve por meterle plomo a la muchacha, convencido de que había pensado atraparme en una emboscada. ¿Qué?, ¿ya no jugamos?

—Dos cartas, Guido. Estamos esperando.

Los tres tenían prisa por seguir escuchando. Ganó la mano Lark, que mientras barajaba explicó:

—Quise ver claro. Cacé a Luigi *el Siciliano*, sin saber quién era, gracias a uno de mis trucos. Estuvo en un tris que no me «cribara». Le agarré para hacerle cantar, convencido de que andaba a medias con la moza. Le aticé algún mamporro. No quería cantar. Venga decirme necedades, pensando que yo era un «aficionado». No saqué nada en limpio, hasta que le hice comprender quién era yo, dándole mi nombre. No cantó. Me dijo tan sólo que su jefe era Toni Gardoni. ¿Cuántas cartas, Toni?

—Tres.

—Dos —pidió Guido.

Frankie, que había echado las suyas, renunciando, mordióse levemente el labio inferior, mirando fascinado a Gardoni.

Toni Gardoni rió ampliamente.

—¡Está gracioso! ¿Y tú has venido a...?

—¡Ni hablar, viejo! Yo sabía muy bien que tú eres mi amigo. Que había algún error.

Los dos pistoleros dejaron de manosearse la corbata. Sonrieron, porque Toni Gardoni se había colocado de nuevo los lentes, simple prenda de adorno; Gardoni quería se le tuviera por un intelectual.

A la vez, era una señal. Si dejaba los lentes encima de la mesa, después de limpiarlos, significaba que sus hombres estuvieran a punto.

Si al cogerlos, fingía que se le caían y se agachaba a recogerlos, entonces el visitante o visitantes eran blancos de la granizada de balas ordenada con aquella señal de Gardoni.

Pero éste se había puesto de nuevo los lentes.

—¡Claro, chico, claro! ¿Cómo iba yo a liquidarte? Ni siquiera sabía que estabas por acá, y además, tú eres de los buenos. Tanto es así, que si tienes algún negocio y te hace falta cubrir la retirada, pide por tu boca. Deja las cartas, Frankie. ¿Hablamos de negocios, Bert?

—Cuando encerré a Luigi, la muchacha estaba hecha un puré de gelatina. Lloraba y gemía. En fin, ya sabes lo que les pasa. Se ponen histéricas. Empezó a maldecir a unos tal Byam.

Gardoni pareció por unos instantes muy interesado en la figura de los naipes, que iba volviendo boca arriba.

—Y yo me dije: «Vamos a asegurar a ésta, chica. Si Toni quiere quitarla de en medio, a mí, que me registren». O sea que ya lo sabes, Toni. La chica si te estorba...

—Hombre, no sería limpio. No, no. Si hemos de ser socios, porque tú te traes algo entre cejas, ya que tú trajiste a la chica, la mitad es tuya. Cinco mil «pavos».

—¡No, no! Tuyo es el asunto. Si me metí de por medio, fue porque no iba a consentir que me «cribaran». Pero yo lo que digo, y a ver si tú no me dices lo mismo, es lo siguiente: Me ofreces la mitad, por tanto, alguien te paga la faena. La chica vale diez mil. Maldice de los Byam. Si son los Byam los que pagan los diez mil «pavos»...

—Son.

—Entonces, ¿es que no eres ya el Gran Gardoni? ¿Es que el calor de Tampico te ha derretido parte del seso? Vamos a ver, Toni. Yo te respeto como cerebro. Es de mejor clase que el mío. Ahora bien, ¿te

contentas con diez mil, en faena donde andan de por medio estos capitostes Byam?

—¿Los conoces?

—Ni idea. Pero ya te dije que la chica estaba loca de miedo. Fue soltando la «guita». Estos Byam son millonarios, y andan en lo del petróleo.

—Ni idea, chico.

—Piensa. Si necesitan quitar de en medio a la chica, es porque ésta les molesta en algún negocio grande. ¿Te vas a contentar con diez mil? Yo huelo billetes grandes y un asunto raro.

—Te repito que ni idea. ¿La tienes tú?

—Tampoco. Pero ¿no tenemos a la chica? Vamos allá, yo la interrogo sonsacándole de qué va la cosa. Habrá golpe... cuando tengamos algo de luz. Porque mira, Toni, tú que eres un lince, habrás ya olfateado que hay gato encerrado.

—Por de pronto ya tenemos la gata. Sí, me gusta el asunto, Bert. ¿Vamos allá? No hay peligro que nos interrumpen. La otra dueña de la casa, está con los Byam a bordo del yate. ¡Vaya con Bert! No quiere cinco mil, no. Quiere mucho más. Así me gusta. Eres de los buenos. Como digo yo, ¿si puedes ganar siete, por qué no buscas catorce? Veamos, primero, qué es lo que hay debajo de todo esto del petróleo y de los Byam. ¡Guido! Coloca el coche en la esquina. Tú, Frankie, asómate a ver si hay mirones. ¿Te siguió la «bofia» hasta aquí?

—Ni hablar. Campo libre. Daremos el golpe, y después me iré más hacia el Sur. Probaré suerte en Brasil. Ésa es mi intención.

—Mejor. Tampico es un pueblo de poca pesca para genios como tú y yo... juntos. Pactado hasta sacarle la tela a los Byam. ¿Pactamos a mitad, mitad?

—Bien. Pacto hecho. También fue suerte el que me encontrara con Luigi.

—A éste ya le arreglaré yo las cuentas, después. Vamos allá, Bert.

Y riendo falsamente, palmoteándose las espaldas, los dos bajaron para encaminarse en un «Buick» tipo torpedo, hacia el domicilio de Luana Vélez y Rita Cramer.

En muchas de las callejas, el coche rozaba los dos muros. Al volante iba Guido Chiusa. A su lado, Frankie Palermo.

Atrás, Toni Gardoni junto a Robert Lark, miraba sombríamente los muros sucios, los mestizos, los astrosos chiquillos jugando en la calle.

—Puerca tierra, Bert.

—Pintoresca. Y si produce, buena tierra es aquella que permite lastrarse el riñón.

—Les hice ya dos faenas a los Byam.

—¿A diez mil también?

—A veinte. Veinte por cada tipo y eran del petróleo.

—¿Ves tú? Hay gato encerrado.

—Los Byam no se meterían si no hubiera millones.

—¿Ves tú?

—Uno era capitán de petrolero. El otro, uno de esos que recorren los pozos. Pero yo, en esto del petróleo, no me documenté. Para mí el petróleo sólo servía para dar gas al coche.

—También para mí. Pero hay más. Y la prueba la tenemos ya. Ahora, lo que pondremos en claro, es dónde está el truco.

—Eso es. ¿Qué truco se traen los Byam? Nos lo dirá la chica. Bueno, Bert, ya que la tienes amansada, a ti te toca apretarle el resorte de las palabras.

—Descuida, conozco el resorte.

CAPÍTULO VIII

Tampico parecía una ciudad gris e incolora, para cuantos no estuvieran relacionados con el negocio petrolífero.

Pero ya desde los tiempos de los Hermanos de la Costa y el tráfico negrero, Tampico había sido un puerto peligroso y traicionero.

Un centro de rencores, de codicia y turbios secretos.

Allí nada era lo que a primera vista parecía. Las palabras sólo servían para encubrir móviles criminales. Era un campo de batalla privado, en el que se desarrollaban ataques planeados en Londres, Holanda y Nueva York, para cuya ejecución se utilizaba la ley, el soborno y la violencia.

Además de las grandes organizaciones del oro negro, tales como la «Eagle» inglesa, la «Crown» holandesa y la «Govett» norteamericana, había una serie interminable de individuos que luchaban por el éxito financiero; falaces vendedores de pozos exhaustos; ex perforadores que buscaban socios capitalistas; mexicanos que poseían, al decir de ellos mismos, terrenos plagados de fugas del preciado líquido mineral; aventureros procedentes de la manigua, que pretendían vender el secreto de pozos ocultos, capaces de producir cien mil barriles de líquido negro con un gasto insignificante de explotación.

Y entre grúas, surtidores, oleoductos, buques tanques en los que se derramaba mansamente el petróleo, desfilaban seres de todas las nacionalidades.

Rubios indefinibles, que tanto podían ser marinos noruegos y holandeses, como agentes secretos alemanes. Morenos mexicanos, arrugados semblantes de japoneses, cuyo aparente y principal negocio eran los talleres de lavado y planchado.

En el mar gris y turbulento de las bajas escolleras que formaba el río Panuco al desembocar en el golfo de México, había parajes nunca frecuentados por el ancla de los petroleros.

Uno de estos parajes era la serie de embarcaderos pertenecientes al *Yatching Club*, y solitario, blanco majestuoso, el yate de los hermanos Byam anclaba lejos de la suciedad petrolera.

«Bombonera», decían despreciativamente los demás marinos al distinguir a lo lejos la silueta estilizada de cualquier yate.

Ninguno se imaginaba que en aquella «bombonera» se estaba desarrollando uno de los actos del drama en el que ya dos hombres habían perdido la vida.

Rita Cramer imaginaba que, en los grandes negocios, era lógico que hubiera cimientos formados por esqueletos. Pero daba por seguro que las sospechas que le había comunicado Luana Vélez eran totalmente infundadas.

Había aceptado la hospitalidad a bordo, porque Norman Byam era todo un caballero.

Y en el salón fumador del alcázar, Spencer Byam, puesto previamente de acuerdo con Norman, inició la conversación sobre lo que le interesaba averiguar:

—Hay temas arduos y poco amenos para las damas, señorita Cramer, si bien, por suerte para mí, Norman no la aburre con sus requerimientos. Me permitiré, pues, como sobremesa y pidiéndole de antemano excusas, exponer ciertos puntos referentes a mi principal preocupación.

Rita Cramer, con el convencimiento de que Norman estaba profundamente enamorado de ella, y que pronto pasaría a ser una componente de la familia Byam, se hallaba muy predispuesta a entablar sólidas bases de cordialidad con su futuro cuñado.

—Hablaremos, pues, de negocios —dijo Norman, como quien se resigna a algo inevitable. Guiñó humorísticamente hacia Rita Cramer.

—Actualmente, señorita Cramer, estamos tramitando las fases finales de una firma de contrato que supone exactamente veintiséis millones de dólares.

Rita Cramer parpadeó ante la magnitud de la cifra.

Spencer Byam prosiguió:

—Tal vez usted ignore, que los grandes negocios tienen

forzosamente que suscitar competencias, envidias y calumnias.

—Esto sucede también en el terreno artístico. Rivalidades, odios y rupturas.

—Veo que es usted comprensible. Puesto que usted será pronto de la familia, juzgo conveniente exponerle con claridad, como si lo hiciera con un asociado, los puntos a que me refería. ¿Puedo contar con su comprensión y amistad?

—Plenamente.

—Procuraré exponerle breve y claramente, las bases del contrato que tengo que firmar. Hace tres años, me interesé en los negocios petrolíferos de México. Adquirí acciones, fui documentándome, y hoy poseo junto con Norman, la propiedad exclusiva de varios pozos en el interior. Pozos que han dado un buen rendimiento, y siguen dándolo. Pero su explotación requiere continuas atenciones, y nos distrae de nuestros otros negocios en los Estados. Decidimos, pues, venderlos. Naturalmente, al mejor postor. Y el mejor postor ha resultado ser un caballero japonés.

Spencer hizo una pausa para estudiar en Rita Cramer alguna reacción. Pero la hermosa «californiana», permaneció atenta, sin manifestar la menor extrañeza, California y México abundaban en japoneses.

—Y ahora llego al punto en que requiero su sincera amistad, señorita Cramer.

—Llámeme Rita, Spencer, y eso facilitará la conversación.

Spencer hizo íntimamente un gran sacrificio. Exteriormente sonrió, como halagado.

Todo por los veintiséis millones.

—Gracias, Rita. Ha dado la casualidad que he sabido que tiene usted relaciones de amistad con una señorita mexicana llamada Luana Vélez, que es cantante...

—Luana es mi íntima amiga.

—Entonces, tal vez será preferible que no diga lo que pienso de esta señorita.

—Diga, diga, Spencer. Luana es muy buena, pero posiblemente al no entender absolutamente nada en negocios, se habrá extraviado en su juicio y opiniones.

—Tengo entendido que manifiesta absurdas sospechas.

—Puesto que estamos hablando con franqueza, Spencer, creo

preferible confesarle que es verdad. Luana me habló, cierta vez, de algo muy extraño.

—Le quedaría infinitamente agradecido si me lo comunicara. Yo no abrigo el menor rencor contra dicha señorita. Me interesa tan sólo saber de qué me acusa, para rebatirlo lógicamente.

—Lo comprendo. Luana me explicó que había conocido sucesivamente a dos hombres de Nuevo Laredo. Uno de ellos era un capitán mercante cuyo nombre ahora no recuerdo.

—¿Harvey Merriman?

—¡Sí! Y había otro llamado Parker. Me dijo Luana que ambos eran conocidos suyos de cuando ella hizo una gira por los Estados Unidos. Que le explicaron que estaban al servicio de ustedes.

—Sí. Merriman pilotaba un petrolero y Parker era prospector, es decir, que su oficio era enterarse y saber dónde podían hacerse buenas perforaciones, especular con acciones, buscar mercados. Era un verdadero técnico. Desgraciadamente, Merriman bebía. Cayó al agua, y se ahogó. Parker fue atropellado.

—Parece ser que Luana apreciaba a estos dos hombres. Y se le metió entre ceja y ceja, la idea de que habían sido asesinados.

—La propensión femenina a sospechar lo peor, siempre me ha admirado. Pero si Luana Vélez no es simplemente una viborilla maldiciente, tendría sus razones.

—No me atrevo.

—¡Atrévete! —rió Norman. Y era tan cordial su semblante y el gesto con que acarició la mano de Rita Cramer, que ella se decidió:

—Dijo Luana que ambos, antes de seguir camino hacia Tampico, le aseguraron que si sufrían algún accidente, los hermanos Byam tendrían la culpa, porque ellos iban a negarse a cierta orden que habían recibido.

—¿Qué orden?

—Luana no la sabía.

Fue evidente el alivio que esta declaración produjo en ambos hermanos, pero Spencer, insistió:

—Posiblemente, Luana no quería decírselo a usted. Francamente, me gustaría poder hablar con Luana.

—Nada más fácil. Por telegrama me anunció que hoy llegaría, aunque no me dijo cuándo. Supongo que al anoecer, o a lo mejor ya está en casa.

Spencer miró a su hermano, que comprendió:

—¿Qué te parece, Rita, si fuéramos a tu casa a ver si ha llegado Luana? Es necesario deshacer todo equívoco, y más teniendo en cuenta que es tu amiga.

La lujosa lancha motora se separó del yate, llevando a tierra a Norman y a Rita Cramer.

En el muelle, había un hombre, al parecer interesado en la contemplación de las altas torres de hierro y las *pipelines* de la Factoría Huasteca.

Era desgarbado, y tenía un caballuno semblante melancólico. Cuando en el coche se instaló la pareja, y arrancando se marchó hacia el Este, en dirección al Barrio Reservado, el comisario Quintín Cárdenas hizo una señal.

Un coche arrancó en persecución del que llevaba a Norman Byam.

Quintín Cárdenas suspiró. También él necesitaba saber. ¿Qué relación había entre dos sirenas tropicales como lo eran Rita Cramer y Luana Vélez, y los hermanos Byam? ¿Y por qué Luana Vélez protegía al peligroso evadido Robert Lark?

* * *

Spencer Byam también fue a tierra, y esta vez fue seguido personalmente por Quintín Cárdenas.

Unas vulgares oficinas de turismo, pensaba Cárdenas mientras deambulaba por el vestíbulo, en espera de que saliera Spencer Byam que había penetrado en un despacho donde rutilaba la placa con la inscripción: «Dirección».

Miró carteles polícromos: «Taormina. El paraíso en Sicilia». «Visite España y sus maravillas». «Un crucero por el Pacífico y sabrá lo que es la dulzura de vivir».

En el despacho donde acababa de entrar Spencer, había dos hombres. Uno era menudo, de rostro redondo y feísimo, donde destacaban las grandes gafas de cerco negro.

El otro era alto, envarado, grueso y rubicundo. No obstante sus ojos azules eran fríos y crueles.

—Gracias, señor Byam —dijo el menudo Jiuko Isizu—. Son exactamente las quince en punto.

—La puntualidad es norma en todo negocio. Creo que usted,

señor Gruber, quiere indicarme unos detalles accesorios para la ultimación del contrato.

Heinz Gruber, que figuraba como súbdito suizo en el pasaporte y como agente comercial de agencias turísticas, tenía un número secreto y un nombre convencional en los archivos de la *Komandatur* alemana.

Habló secamente:

—La venta de sus pozos, señor Byam, quedó plantada en los siguientes términos, que corregirá si me equivoco: Los vendería a una nueva compañía establecida bajo las siglas de «East Tampico», y patrocinada por Jiuko Isuzu. En la venta incluiría el transporte petrolero, y el agente de registro, daría el visto bueno, confirmando que dicho petróleo sería destinado a refinerías de Shanghai. El capitán del petrolero era Harvey Merriman, y el agente era William Parker. No habría inspección si la venta aparecía hecha en firme a la «East Tampico». ¿Por qué han muerto el capitán Merriman y el agente Parker?

—Merriman me manifestó que era su obligación comunicar al gobierno americano que su transporte sería destinado a otro puerto, ya que le ordené descargar en alta mar y a determinada latitud, a un buque cisterna. Parker negóse a firmar el visto bueno, alegando que tenía barruntos de que por la secreta alianza entre Alemania y Japón cualquier compañía cuyo capital fuera japonés, vendería este petróleo a los alemanes, y por tanto su proceder sería antipatriótico y lo consideraba casi alta traición. Por esto murió.

—¿A quién más comunicaron sus sospechas?

—A una cantante de *cabaret* llamada Luana Vélez. Mi hermano Norman acaba de ir a cerciorarse de que Luana Vélez ha enmudecido para siempre.

—¿Quién más?

—La cantante Rita Cramer.

—Confío seguirá el mismo camino que su colega Vélez —dijo, bruscamente, Heinz Gruber—. Pero no basta, señor Byam.

—He encontrado sustitutos. Se hará cargo del petrolero el capitán Brent, cesando en el mando de mi yate que permanecerá anclado. El capitán Brent ha aceptado el generoso pago, y no es muy perspicaz. No tiene ni siente la menor curiosidad. Y en cuanto a prospector, esta firma es garantía de que todo ha quedado

normalizado.

Extrajo Byam de su cartera un documento en orden, que revisaron sucesivamente Isuzu y Gruber.

—No basta, señor Byam —repitió Gruber.

—Creo que todo está en orden.

—Los ejecutores de las muertes de Merriman y Parker, pueden hablar.

—No les interesa. Son Toni Gardoni y sus *gangsters*.

—Le conocen y ya es demasiado.

—No veo el medio de suprimirlos.

—Puedo ayudarle. Cuando queden silenciosos, firmará Isuzu la conformidad, y pagaré los veintiséis millones en la forma convenida. Antes, no.

—Toni Gardoni tiene tres secuaces. Son gente desconfiada y ducha en el manejo de armas.

Heinz Gruber rió desagradablemente, mostrando su dentadura postiza. Parecía una hiena benévola que desprecia a otra hiena.

—Invite a Gardoni a ir a bordo del yate, con su cuadrilla. Indique que se trata de un trabajo bien pagado, que requiere la presencia de los cuatro. De lo demás, me encargo yo. Por suerte, tengo dos ayudantes tal vez más expertos que el mismo Gardoni y sus pistoleros. Ahora mismo, después que haya usted salido, me encaminaré hacia su yate. Telefonaré a mis dos ayudantes. Y recuerde. No habrá firma y pago, hasta que no tenga la prueba evidente de que Luana Vélez y Rita Cramer han cesado de existir.

Spencer salió del despacho, con el convencimiento de que el negocio quedaba ya ultimado.

Quintín Cárdenas, en la calle, conversaba con el chófer del taxi, que pertenecía a la Jefatura de Policía de Tampico.

Spencer Byam se arrellanó en el otro coche de alquiler.

Quintín Cárdenas hizo un gesto innecesario. Subir y señalar con su índice largo y sucio al coche que se llevaba al financiero.

Y este gesto lo vio Heinz Gruber.

Quintín Cárdenas tomó su dosis de quinina, se repantigó, y cuando vio a Spencer meterse en la lancha motora sé dirigió a una de las tantas casetas de teléfono público.

Marcó unos números, y se puso al habla con el plantón que debía comunicarle los resultados de la custodia de Norman Byam.

—... ¿Y qué casa es ésta? —preguntó Cárdenas.

—Pertenece a Luana Vélez, a medias con Rita Cramer, señor.

—Bien. Pueden retirarse los demás. Ya me basta. Permanezca usted solo, y siga a Byam cuando salga. Comuníquese con Jefatura si sucede algo. Yo voy a bordo del yate. Ha llegado el momento en que considero es mi obligación conversar con Spencer Byam.

Colgó y salió de la caseta. Resbaló poco después y braceó para no perder el equilibrio.

Miró en el suelo la causa de su resbalón, y refunfuñó:

—¡Maldito *chapapote*! También tendría gracia que por culpa del petróleo me fuera yo a romper el cuello.

CAPÍTULO IX

Descendió Robert Lark del automóvil, y con la llave que le había entregado Luana Vélez, abrió la puerta del garaje, donde penetró el coche con sus ocupantes.

Frankie Palermo y Guido Chiusa hicieron lo que tenían por costumbre. Adelantarse pistola en mano hacia la escalera, por la que fueron ascendiendo, seguidos por Toni Gardoni y Lark.

Llegados al rellano alto, recorrieron las cinco habitaciones, mirando armarios y empujando las cortinas.

Reaparecieron en el vestíbulo comunicando Chiusa:

—Nadie al acecho. En un ropero está la chica atada. En un guardamaletas está Luigi.

Toni Gardoni se sentó. Tras él, a cada costado, se quedaron en pie sus dos pistoleros, adosándose a la pared y asumiendo la indiferente expresión habitual.

—Antes de empezar, Bert, me gustaría nos pusiéramos de acuerdo.

—¿Sobre qué, Toni?

—Tú crees, y comparto tu parecer, que tras este tabique de las muertes por simulado accidente de Merriman y Parker, y de pretender eliminar a la chica, hay un gran golpe.

—Los Byam no trabajarían en asuntos de pocos miles.

—Bueno. Si trabajan en millones y damos con el truco, ¿cuál es tu método?

—Ellos tienen un método distinto al nuestro, Toni. Si nosotros, por ejemplo, trabajamos en muertes, las llamamos muertes. Ellos, no. Las llaman accidente, ¿calas?

—Veo. Quieres decir que aunque lleven un golpe sucio entre manos, lo harán limpio por fuera, y que por tanto, nosotros

tendremos que esperar el resultado. Pero vamos al grano. Tú sonsacas ahora a la chica, para averiguar lo que sepa. Después, ¿qué va a pasar? Voy al grano: ¿cómo repartimos?

—Sois cuatro. Yo valgo dos, puesto que levanté la liebre. ¿Vale, viejo?

Rió Gardoni con exuberancia falsamente cordial.

—Eres un gran tipo. Bert. De acuerdo, pues. Seis partes con lo que se pesque. Dos para ti. Empieza. Yo sé que tú, si bien le meterás el miedo en el cuerpo a la chica, sabrás convencerla de que si habla como debe hablarse, vivirá. Después, ya veremos.

Lark hizo la señal de asentimiento, redondeando el índice y el pulgar y dando una sacudida con la mano en el aire:

—Cabal, Toni.

Se encaminó al armario ropero, donde Luana Vélez, con esparadrapo rodeándole las muñecas, y los tobillos enlazados con un chal de seda retorcido, mostraba por encima de la ancha mordaza hecha con una media, los ojos dilatados.

Lark la asió por el talle, y manteniéndola abrazada, la llevó hasta un diván, donde la sentó.

Frente a ella, Toni Gardoni parecía estar invitado a una amable tertulia.

Quitó Lark la media, deshaciendo los nudos formados en la nuca.

Se colocó, sentado, sobre el respaldo del diván.

—Vea, Luana. Este caballero que está frente a usted es Toni Gardoni, un hombre que, como yo, detesta los remilgos. Los dos que le guardan la espalda son sus secretarios Guido y Frankie, muy eficientes, y que escriben mejor que nadie con una pistola. Vaya recuperándose, y a la vez vaya pensando que no somos de los que se molestan en perder tiempo charlando sin provecho.

—Exacto, Bert. Vamos bien —aprobó satisfecho, Toni Gardoni. Quería además, hacer comprender a la prisionera que él era el jefe —. Usted es joven, bonita y rica, tres ventajas que no será tan imprudente como para perderlas de repente.

Una cantante que pensando en las facturas de la modista pendientes de pago, sabe expresar en un refrán las dulces penas de amor, sabe también ser actriz para otras ocasiones.

Luana Vélez supo reflejar miedo, y ansia de vivir.

—¿Qué es lo que quieren de mí?

—Aclaremos primero un punto. Los hermanos Byam encomendaron un trabajo a Toni Gardoni. El trabajo que vino a hacer Luigi, y que yo estorbé, creyendo que iba contra mí. Ahora bien, nosotros estamos dispuestos a la huelga.

Toni Gardoni rió como si le cosquillearan, y hasta el sombrío Guido Chiusa se dignó esbozar un rictus de complacencia.

—La huelga quiere decir que estamos dispuestos a no rematar la faena, y dejarla a usted respirar, si nos dice la razón por la que los hermanos Byam quieren liquidarla.

Luana Vélez aspiró varias veces, en boqueadas de fingida angustia. Y saber que impresionaba, gustaba a Toni Gardoni.

—Hace dos semanas fue al *cabaret* de Nuevo Laredo un capitán llamado Harvey Merriman. Era mercante, y hacía más de dos años que mandaba en un petrolero propiedad de los Byam. Había sido novio mío.

—¿Quién?

—Harvey Merriman.

—¿Por qué riñeron?

—Tenía mucho orgullo, y no quería que yo siguiera cantando en el *cabaret* donde me conoció en Kansas.

—¿Qué tiene que ver Merriman en todo esto?

—Me dijo que los Byam le habían dado una orden que no pensaba cumplir, y que daría parte al control petrolero.

—¿Qué clase de orden?

—No me la dio a conocer, pero, en cambio, sí habló de un tal Isuzu, un japonés, que tiene una agencia turística aquí en Tampico. Y dijo que él no trabajaba para japoneses.

—¿Qué más dijo?

—Que iba a ver a los Byam. Y que si le pasaba algún accidente, que no dudase de que los Byam estaban de por medio.

—Un chico listo el Merriman —aprobó Gardoni.

—Siga, Luana.

—Se fue y, poco después, leí que el capitán Merriman se había ahogado en el puerto de Tampico. Entonces escribí a Norman Byam, que me había cortejado sin éxito hace algún tiempo, y le advertí que yo no descansaría hasta poner en claro la muerte de Merriman.

—Una imprudencia. ¿Qué más pasó?

—Un prospector llamado Parker habló conmigo. Era íntimo amigo de Merriman, y había prometido ser nuestro padrino de boda. Yo quería a Harvey Merriman, y me hubiese casado con él. Nos prometimos cuando partió para nunca más regresar.

—¿Qué dijo Parker?

—Casi lo mismo que Merriman. Que también iba a dejar a los Byam. Que volvería con Merriman, para la boda.

—No hemos venido a escuchar historietas de amores, niña —reprochó gentilmente. Gardoni.

Ella se apresuró a explicar:

—Me dijo que los bastidores del negocio del petróleo encubrían muchos delitos y sangre. Que el espesor del petróleo se debía a la sangre de muchas víctimas.

—No hable de sangre, que me da mareos —dijo Gardoni.

Sus dos pistoleros rieron, alborozados y señales.

—Dijo Parker que los Byam iban a vender sus pozos a un japonés, pero que él, Parker, tenía la convicción de que, en realidad, el petróleo iba a parar a manos alemanas. Y que por eso se negaría a firmar el visto bueno.

—Esto huele a cosas de espionaje, ¿no es así, Bert?

—Así es, Toni. Tenemos ya el gran golpe.

—¿Vamos a sacar el gran trozo a los Byam?

Frankie Palermo oyó rechinar irnos frenos. Miró por la ventana, de la que se apartó rápidamente.

—Un tipo con *la Sirena*, patrón —anunció—. Bajan del coche.

Toni Gardoni se cubrió con la cortinilla de la ventana, y miró hacia abajo.

—Es Norman Byam. Viene de perilla. ¡Tú, Guido! Libera al imbécil de Luigi, y que se asome a decir a Norman que ya liquidó a la chica. ¡Pronto!

Corrió Guido Chiusa. Toni Gardoni señaló a Luana, y Frankie Palermo se la llevó, empujándola sin gran amabilidad por el codo.

—Norman viene a cerciorarse de que Luana está «seca» —bisbiseó Toni Gardoni—. Nos puede servir de palanca.

—Sí. Guardándolo de prenda, el otro hermano se sentirá tal vez dispuesto a ser amable con nosotros. ¡Eres grande, Toni!

—Camuflaje —ordenó Gardoni.

Guido y Frankie penetraron en dos armarios empotrados,

atrayendo hacia sí la puerta. Vino Luigi, tambaleándose.

—Te han zumbado, ¿eh, idiota? Luego hablaremos. Ahora bajas al garaje y le dices al que va a entrar que ya quitaste de en medio a la chica. ¡Anda! Y nada de nosotros.

Rita Cramer abrió la puerta del garaje. Volvió Norman al volante y penetró en el coche.

La Sirena al ver aparecer a Luigi con el rostro tumefacto, lanzó un grito de sorpresa y exclamó:

—¿Quién es usted y qué hace aquí?

Se precipitó Norman para impedir que el pistolero manifestase nada, pero ya con estólida expresión decía el siciliano, roncamente:

—Toni Gardoni me ordenó le esperase, Byam. Ya está Luana Vélez liquidada.

—Bestia —murmuró Norman.

Ella se volvió, con el semblante dilatado por el terror.

—¿Han asesinado a Luana por tu...?

—Los diez mil, Byam —pidió el pistolero atajando a la mujer.

Pasándose la lengua por los labios. Norman Byam se llevó la mano al bolsillo interior de la americana.

Exasperada, Rita Cramer gritó, engaritando las manos que levantó a la altura del rostro de Norman Byam:

—¡Asesino, cobarde! Yo diré quién eres. Diré quiénes sois los respetables hermanos Byam.

Arañó el rostro de Norman, que sacó la mano armada de una pistola, cuyo cañón dirigió contra el pecho de Rita Cramer.

Un disparo restalló silbante y amortiguado por un silenciador. Luigi Scelba se tiró cuan largo era, de bruces, mirando hacia atrás.

Rita Cramer, creyéndose herida, vaciló cayendo de rodillas.

Norman Byam se miró con estúpida expresión la mano ensangrentada, donde el índice y el pulgar estaban rotos y quemados por el balazo certero.

Robert Lark acabó de descender el último peldaño; humeaba aún en su diestra la pistola, que ahora introdujo en su funda axilar.

Norman se cogió la mano inutilizada, con la otra, meciéndola.

—A tiempo, Luigi —indicó Lark, mientras el pistolero se ponía en pie—. Este cerdo te hubiera cargado la muerte de la muchacha. Llévela arriba. Y usted, Byam, dese cuenta que es muy diferente disparar a pagar a otros por apretar gatillos. ¿Se va usted a

desmayar?

Norman Byam, como un autómatas, empezó a subir por la escalera, obedeciendo la señal del que, con las facciones contraídas, le imponía temor.

Cuando llegó al rellano y vio en el vestíbulo a Toni Gardoni, murmuró, alhelado:

—Spencer quiere verle a usted y a sus hombres, Toni. Le espera a bordo. Quiere encomendarles un trabajo importante.

De pronto, recuperando el completo sentido, miró en rededor como dándose cuenta de todo, repentinamente.

Toni Gardoni movió la diestra. Frankie Palermo acudió, con el resto del rollo de esparadraps.

Surgió Guido Chiusa. Las miradas inexorables, frías, llenaron de pavor a Norman Byam.

Suplicó, gimiendo:

—¡No, Toni! Pagaré lo que sea.

Recordaba que también a Parker, antes de arrojarlo bajo las ruedas de su propio coche en marcha, los pistoleros le habían mantenido silencioso e inmóvil con franjas de cinta adhesiva.

—¡Mi hermano os dará cuanto pidáis!

—Té irás —dijo Gardoni— cuando nos digas la verdad. ¿Quién está tras Isuzu?

—¡El alemán Heinz Gruber! Es agente comercial en Tampico de una casa suiza.

—¡Dale, Frankie! —ordenó Gardoni.

El pistolero pegó un rápido puñetazo en la sien de Norman, que fue a caer de lado contra Guido Chiusa, que repitió el puñetazo en la otra sien.

—Ya va bien —dijo Robert Lark—. Tiene la mano rota. Y es un cobarde. Y ya sabemos lo que queríamos, ¿no, Toni?

—Amarra al caballero, Frankie. Y mételo junto con las dos chicas.

Toni Gardoni se quitó los lentes, para limpiar los cristales.

—Bueno, Bert, ya tenemos el golpe preparado. Spencer me llama, ¿te diste cuenta? Una ocasión magnífica para subir a bordo, y recomendarle lo que tiene que hacer. Mientras, como te decía, éste nos servirá de palanca. Dividamos el trabajo. Spencer podría desconfiar si tú fueras a bordo, Bert. Será mejor que te quedes aquí.

—Bien. ¿Qué más?

—No nos conviene que las chicas o el guapo puedan hablar y decir que yo estaba metido en asuntos de petróleo. Para Spencer y su yate ya idearé algún accidente, siguiendo el ejemplo de los hermanos Byam. Liquidada a las dos chicas. Y en cuanto al guapo, espera a nuestro regreso, por si Spencer quiere oírle hablar. ¿Entendidos, Bert?

—Perfectamente.

La puerta estaba abierta, y Rita Cramer, atada por Luigi Scelba, oía al igual que Luana Vélez, cuanto estaba diciendo Gardoni.

Norman Byam, sin sentido, yacía cerca de ellas.

Toni Gardoni, dijo:

—El asunto está claro: Spencer ha vendido los pozos aparentemente al japonés, pero debajo de todo esto se encuentra el alemán Gruber. Por tanto, con decir a Spencer que tengo a su hermanito como rehén, y que puedo chivarme al servicio de contraespionaje, soltaré el gran paquete. ¡Un gran golpe Bert! Bueno ¡vámonos, muchachos! Lo dicho. Bert En boca cerrada, la lengua no se mueve. Hasta luego. Bert.

Bajaron los cuatro pistoleros, y cuando ya el coche se perdía tras los callejones en dirección al puerto, Lark se retiró de la ventana.

Rita Cramer gemía histéricamente, mirando como fascinada al que suponía un pistolero más de Toni Gardoni, que iba a oficiar de verdugo.

CAPÍTULO X

Se inclinó Lark y ayudó a levantarse a Luana Vélez, quitándole las ligaduras.

—Tengo que telefonar en busca de un conocido. Mientras, reanime a su amiga *la Sirena*. Al financiero déjelo como está.

Rita Cramer tenía los nervios deshechos. Viendo a su amiga quitarle las ligaduras, sollozaba y reía a la vez, alternando la esperanza con el miedo.

Y Luana Vélez fue explicando para calmarla:

—Si. Es un pistolero perseguido. Le ayudé porque me pareció que me protegería, y me ha salvado la vida, como ha salvado la tuya.

—Pero estabas atada cuando yo entré.

—Ha hecho alianza momentánea con Gardoni para obtener dinero de los Byam. No temas, Rita.

Dirigiéndose al teléfono, Robert Lark recordó lo que el jefe de la Oss le había recomendado antes de partir hacia México.

«Si resuelve el enigma, telefonee al número 77 MR de la línea urbana de Tampico. Habrá siempre un agente nuestro esperando».

Marcó Lark el número. Aguardó con el blanco aparato de lujo en la oreja, sosteniéndolo entre el hombro y la cabeza ladeada, apoyándole la mejilla en presión fija que permitía tener el libre uso de las manos.

Otra enseñanza recibida en los tres años de convivencia con la peor hampa neoyorquina.

—¿Bueno? —contestó una voz gangosa al otro extremo del hilo, empleando la fórmula mexicana telefónica equivalente al «diga».

—«El petróleo arde».

Robert Lark esperó la contraseña.

—«La espuma apaga» —replicaron.

—Venga inmediatamente al número 9 de la calle La Barra. Póngase frente a la puerta del garaje, y abriré.

Colgó regresando a la sala donde Rita Cramer había recuperado no sólo su calma, sino su habitual coquetería.

Había cambiado su arrugado traje de chaqueta, por otro vaporoso de estampados chinoscos. Estaba sacudiendo una coctelera.

Luana Vélez sonreía como divertida. Hacía apenas unos segundos. Rita Cramer acababa de decir:

«Un pistolero interesante, Luana. Me gustaría domesticarlo».

—Muy agradecida. Lark. Me salvó la vida.

—Es usted amiga de Luana, y a ella le debe lo que yo haya podido hacer.

Algo mortificada, sonrió Rita Cramer:

—Usted no iba a dejar que me matasen.

—¿Por qué no? Lo que sucede es que Luana la aprecia, y quise evitarle una pena.

—¿Un cóctel, Lark? —pidió Luana.

—No. Las mezclas no me agradan. Las cosas me gustan claras a ser posible. Por ejemplo...

—Un jugo de naranjas. Pero no se lo puedo ofrecer.

—Escuchen, sirenas. No traten de conversar como si estuviéramos en un baile. Aquí la danza es de alivio. Ahora son dos bandas las interesadas en que las dos desaparezcan: los Byam y Gardoni. Mientras Gardoni y los suyos estén en Tampico, ustedes correrán un continuo peligro de muerte.

—¿Por qué?

—Fueron testigos, y los testigos sobran. Las muertes de Parker y Merriman planeadas por Byam y ejecutadas por Gardoni, suponen pena de muerte para cuantos puedan algún día desenmascarar a los asesinos. Por tanto, hay dos procedimientos si quieren seguir viviendo: irse de México y aun así no estarán del todo a salvo, o irse a la policía, pedir protección y esperar a que cacen a los Byam y a Gardoni y su orquesta.

Luana Vélez asintió y, levantándose, se dirigió a la habitación vecina.

Rita Cramer se hizo la desamparada y débil criatura, hambrienta

de la protección de un brazo fuerte.

Acercándose musitó:

—Yo tengo mucho miedo, señor Lark.

—Sin títulos. Lark a secas. Todos tenemos miedo alguna que otra vez, hasta los que más presumen.

—Usted, no. Usted es el hombre que me podía ayudar.

—Creo que lo hice ya.

Ella onduló sinuosa, tentadora, acertándose aún más a Lark.

—Mi compañía parece disgustarle, Lark.

—¡Qué va! Me despepita, pero por el instante tengo otras cosas más importantes en qué pensar.

—¿Hay algo mejor que sentirse atraídos por la eterna...?

—Me lo contará mañana. Ahora tengo prisa.

Se aproximó Robert Lark a la ventana, mirando hacia la callejuela.

No había más que transeúntes y chiquillos jugando por la esquina.

Luana Vélez se arrodilló junto al tendido Norman Byam, que había recobrado el sentido.

—Por favor, Luana. Está libre. Quíteme estas ligaduras. Olvidemos todo —balbució anhelante, nerviosamente.

Con voz tenue, entornando los ojos, Luana Vélez parecía recitar:

—Harvey Merriman tenía una granjita en Vancouver. Allí le esperaban sus padres. Debíamos casarnos, y me hubiese retirado de mi profesión. Harvey Merriman era un hombre leal, bueno.

—Le daré lo que me pida, Luana.

—¿Sí? Devuelva el hijo a los viejos granjeros de Vancouver. Devuélvame al hombre que yo quería.

—¡No, por favor, no! —gritó Norman intentando incorporarse.

De su bolso acababa Luana Vélez de extraer la pistola con silenciador que le había dejado Robert Lark, antes de irse.

Apoyó el extremo del doble cañón alargado en el pecho de Norman Byam y apretó el gatillo, trazando una línea sobre la pechera almidonada.

Una línea de fuego y plomo, vaciando el cargador. Después tiró la pistola como si le quemase las manos y con ellas se cubrió el rostro, sollozando mudamente.

Los silbidos del silenciador hicieron erguir la cabeza a Robert

Lark. Salía el humo por la entreabierta puerta.

Rita Cramer se dispuso a correr hacia la vecina habitación.

—Quédese quieta, sirena. Su amiga ha querido evitar una posible benevolencia de las leyes. Quédese donde está, mientras acudo a recibir a un conocido.

Descendió las escaleras y fue a abrir la puerta del garaje. Un individuo macilento, de ojos vivaces, vestido de blanco dril y cubierto con ancho panamá, entró.

—¿Sabe usted escribir? —preguntó Lark.

—Libros no, pero cartas o al dictado, sí —replicó, sonriente, el recién llegado—. Si quiere, puedo emplear la taquigrafía.

—Usted informa, ¿no?

—Sí. Y «allá» están ansiosos por saber de usted, si es que usted se llama...

—Me llamo Lark, Robert Lark.

—No me hacía falta el nombre. Tengo una foto perfecta. La quemé una vez me convencí de que donde le viera le reconocería.

—Entonces saque el lápiz, talento. Siéntese aquí sobre estas latas. De arriba no podrán oírlos. Y empiece.

Concentróse Lark para iniciar el resumen:

«El agente nuestro que halló la muerte tras, comunicar que fuera seguida la pista de Luana Vélez, no fue víctima de los Byam porque lo habría sabido por Toni Gardoni, el ejecutor de los hermanos Byam. Fue seguramente que el agente relacionó a Luana con Harvey Merriman y Parker, con los que, en efecto, estaba relacionada, pero por motivos muy distintos a los que se suponían».

Dictó por espacio de media hora, finalizando:

«... Estando les cuatro a bordo, Norman Byam acaba de fallecer. Me dirijo al yate. Y después visitaré las cajas fuertes del japonés y del suizo. Espero poder obtener algún documento o contrato de la venia, que

permitirá la incautación de los pozos».

Robert Lark chasqueó los dedos, mirando hacia la pared.

—Creo que no me olvido de nada. ¿Está todo claro, talento?

—Se ve que fue usted reportero. ¿Abre también cajas?

—No. ¿Y usted?

—Tampoco. Pero podría buscar un revienta-cofres que esta noche se encargaría de abrir cuantos muebles fuera preciso en los domicilios y oficinas de Isuzu y Gruber.

—Bueno. Así me iré antes de México.

—Cuidado, señor Lark. Arriba hay dos sirenas muy peligrosas. Tienen fama de inflamar todos los corazones.

—Llevo camiseta de amianto. Adiós.

—Un momento, señor Lark.

—Todos los que quiera, si no pasan de diez minutos.

—Yo puedo ponerme en contacto con *Finger* Prescott.

—Ése, ¿quién es?

—El revienta-cofres de que le hablé. Tiene confianza en mí, pero yo no la tengo en él.

—Aclare.

—Puedo decir a Prescott que la hora propicia para explorar la caja fuerte de Isuzu y la de Gruber es a la caída del crepúsculo, pero si le digo que se quede con el dinero que encuentre y me dé solamente los documentos, puede estimar que éstos le valdrían más. Una especie de chantaje. Y entonces saldríamos perdiendo.

—¿Qué trato fe ofrezco? Yo tengo práctica con el hampa, pero me parece que usted me supera.

—Háblele de unas cartas que necesita recuperar.

—Intentará el chantaje, y se las guardará.

—Para eso estoy perdiendo el tiempo hablando con usted, talento. Usted dígle que vaya a las oficinas de Isuzu, al crepúsculo. Invente que hacia las ocho regresa Isuzu.

—Bien. ¿Y entonces?

—Hemos quedado de acuerdo en que ninguno de nosotros dos sabe abrir cajas, si no tiene la combinación. Por lo tanto, necesitamos de *Finger* Prescott. Del resto me encargo yo.

* * *

Finger Prescott tenía las yemas de los dedos extremadamente sensibles. Su orgullo era lucir sus manos siempre impecables.

Nadie quería jugar a los naipes con él, pretextando que con el roce tan sólo sabía cuándo servía un as o una sota.

Conocía al que le estaba haciendo un «encargo». Lo calificaba mentalmente de «pájaro anfibio». Es decir, sin profesión evidente.

—Descuide, patrón. Abriré la caja de Jiuko Isuzu. Recuperaré sus cartas. ¿Dónde nos vemos, luego?

—Aquí mismo. Adiós, digo, hasta luego, Prescott.

* * *

Cuando Robert Lark estuvo ante las dos, vio a Rita Cramer que, enlazando los hombros de Luana, la iba aquietando con frases triviales, tendiendo a demostrar que puede una mujer enamorarse muchas veces, y que la pérdida de un candidato al matrimonio no es irreparable, epilógando:

—... Porque eres muy bonita y los hombres todos son unos tontos; ya lo sabes. Luana.

—Lo sabemos todos —intervino Lark—. Bien, ¿por qué no siguen esa charla confidencial en la comisaría más cercana? Usted, Luana, ya no me necesita.

—¡Sí, Luana! Vámonos. Yo ya no viviré tranquila hasta que no sepa que los pistoleros y Spencer Byam están en manos de la justicia.

Luana Vélez replicó, mirando a Lark:

—Pero si vamos a la policía, tendremos que citarle, y le buscarán. No puedo consentir que... Además, tendría que decir que usted estaba conmigo.

—Es sencillo. Diga que yo la obligué con la constante amenaza de la pistola.

—No puedo mentir así, le perjudicaría.

—Ya nada me perjudica. Lo único que les pido es que no citen el yate, ni a los visitantes. Y en cuanto a Norman Byam, le disparó Luigi o Guido. Da igual. Por un cadáver más o menos no importa.

Rita Cramer, desistiendo de ensayar el poder de sus encantos, descendió hacia el garaje.

Luana Vélez parecía titubear. Por fin, dijo, quedamente:

—Lo siento, Robert.

—¿El qué?

—Que usted sea..., sea un hombre perseguido. Me hubiera complacido devolverle la fe en nosotras, las mujeres.

—También yo hubiera querido demostrarle que no soy solamente un frío destructor. Pero ¿quién sabe? Donde usted cante, alguna noche iré. ¿De acuerdo?

—¡Hágalo! ¿No dijo que pensaba ir a Sudamérica? Yo podría ir allá. Y lejos de la policía, usted...

—Sería muy distinto. Gracias, Luana.

Ella avanzó el rostro. Robert la besó suavemente. Descendió la joven las escaleras, apresuradamente. Poco después, Lark empuñaba el volante del coche perteneciente a Norman Byam y tras cerrar la puerta del garaje, pisó a fondo el acelerador en dirección al embarcadero donde anclaba el yate.

* * *

Quintín Cárdenas mostró la placa al salir de la caseta telefónica y detenerse ante un lanchero.

—Lléveme a aquel yate. ¿Cuánto cobra de costumbre por un viaje así, amigo?

—Un peso. Pero a usted, nada.

—Medio peso. Es visita privada y no de servicio.

Un poco más allá, una lancha rápida abría penacho ante la proa, surcando las aguas hacia el yate.

En ella iban Heinz Gruber y dos individuos de aspecto plácido de bebedores de cerveza.

En lo alto de la escalerilla, Spencer Byam recibió a Heinz Gruber y sus dos ayudantes, que prestamente se encaminaron hacia la toldilla, permaneciendo invisibles.

—Aquel caballero que viene hacia acá, señor Byam, le siguió en un taxi desde que usted salió de la oficina de Isuzu. Telefonéó.

—No le conozco. Me entenderé con él.

—Cuando los pistoleros suban a bordo, que su capitán sepa ya que debe poner en marcha las máquinas.

—¿Por qué?

—Comprenda que los disparos llamarán la atención aquí. No así

en alta mar. Después, regresaremos.

—Bien. Aquél es el salón fumador.

—No me interesa hacerme visible. Diga a los pistoleros que el yate va a mi puerto cercano. Invente cualquier trabajo.

—Entendido.

Se alejó Heinz Gruber. Spencer Byam permaneció donde estaba, viendo subir al melancólico comisario, al que no conocía.

—¿El señor Byam? —saludó Quintín Cárdenas.

—Yo mismo.

—Permítame presentarme. Soy Quintín Cárdenas, de la Jefatura de Policía. Me encomendaron vigilarle, señor Byam, al parecer, se teme un atentado contra usted.

—Haga el favor de acompañarme, señor Cárdenas. Ignoraba que estuviese en peligro.

El salón fumador estaba cercano. Aceptó Cárdenas la oferta de la caja de sándalo que contenía panetelas cubanas, eligiendo cuidadosamente una, que encendió exhalando una bocanada con voluptuosidad.

—Usted me dirá, señor Cárdenas, de quién debo guardarme.

—Acabo de saber que su hermano ha ido en compañía de Rita Cramer al domicilio donde suele residir en sus estancias en Tampico, la señorita Luana Vélez. Tengo entendido que, en la misma casa, había un pistolero peligroso. En fin, yo creo, señor Byam, que si me dijera usted quiénes son sus enemigos, podría actuar mejor en mi misión.

—Luana Vélez propagó calumnias.

—¿De qué clase?

—Vagas, incoherentes. Y como Rita Cramer es amiga de ella, mi hermano la ha acompañado para intentar hacer entrar en razón a la calumniadora.

—¿Piensa hacer un viaje lejano, señor Byam?

—No.

—Le vi entrar en la oficina de Jiuko Isuzu.

—Simplemente para hablar de negocios.

—Ya. ¿Y el señor Heinz Gruber está en ellos?

—Creo que será mejor hablar claramente, señor.

—Exacto. —Y Cárdenas se repantingó, echando humareda aromática.

—Resulta que los pistoleros Toni Gardoni y su banda, que por cierto ignoro aún cómo pueden permanecer en Tampico...

—Mientras no se tengan pruebas contra ellos, no podemos negarles la residencia en Tampico. ¿Y qué pasa con estos maleantes?

—Me han hecho objeto de un chantaje especial. Pretenden obtener cincuenta mil dólares a cambio de que no nos pase nada durante nuestra estancia en Tampico.

—Ya. Y dígame, ¿cuándo se inició el chantaje?

—Apenas llegamos.

—O sea, anteayer. Y dígame, señor Byam, ¿para qué cree usted que cobramos un sueldo del Estado, nosotros, los policías? Puesto en otras palabras, ¿por qué no denunció el chantaje?

—En estos casos siempre preferimos pagar.

—Ya. Esta mala costumbre envalentona a los pistoleros. Y dígame. ¿Qué sabe usted de la muerte del capitán mercante Merriman y del prospector Parker?

—Lamentables accidentes. Merriman bebía mucho.

—Y Parker tenía la manía de echarse bajo las ruedas de los automóviles. Yo creo, señor Byam, que hay algo muy turbio debajo de sus explicaciones. Por ejemplo, el señor Gruber me conoce, ¿por qué se ha escondido? Me vio llegar.

Heinz Gruber apareció por la puertecilla posterior. Empuñaba una pistola.

Quintín Cárdenas miró la ceniza del habano.

—Yo en su lugar no jugaría con armas de fuego, Gruber. Aconséjele, señor Byam. Dígame que notifiqué al lanchero quién era yo. Mi tardanza en volver a tierra podría ser mal interpretada.

Heinz Gruber, que estaba junto al policía, levantó rápidamente la mano. La culata chocó contra la carótida de Quintín Cárdenas.

Un golpe experto que privaba del sentido instantáneamente.

Spencer Byam comentó:

—Es peligroso esto, Gruber. Es un policía.

—Déjeme actuar, Byam. De ahora en adelante, llevo el timón. Este hombre morirá de un balazo salido de la pistola de Toni Gardoni. Ya me ocuparé de esto.

—Pero ¿y la policía?

—Está claro. Este hombre tenía que protegerle contra ataques,

¿no? Usted dirá que Toni Gardoni y los suyos vinieron a atemorizarle, para obligarle a entregar una fuerte suma. Salió en su defensa Quintín Cárdenas. Se batió heroicamente y murió cumpliendo con su deber. Toni Gardoni y los otros tres no podrán negarlo, porque los muertos no hablan. Será usted casi un héroe, Spencer Byam. Yo permaneceré en la sombra. Es mi papel.

Spencer Byam se sirvió una copa de coñac, mientras Heinz Gruber, cogiendo por los tobillos a Quintín Cárdenas, lo sacaba arrastrando, para poco después dejarlo atado en un sollado próximo.

Y regresó a su sitio, en medio de sus dos cómplices, tras el salón fumador.

* * *

Toni Gardoni ignoraba que cuando se asía al barrote de la escalera en el flanco del yate. Spencer Byam notificaba por el acústico al capitán Brent:

—Cuando hayan subido los cuatro, zarpe rumbo este hacia La Habana. Ponga ya en marcha las máquinas.

En la escalerilla se anticiparon Guido Chiusa y Frankie Palermo, mientras Luigi Scelba se colocaba tras Toni Gardoni.

En este orden se dirigieron hacia la toldilla, donde con una copa en la mano. Spencer saludaba desde el umbral del salón fumador.

Se detuvo Gardoni, mientras Guido y Frankie, como si no vieran a Spencer Byam, penetraban en el salón y tomaban posiciones.

Entonces avanzó Toni Gardoni, quedándose Luigi en la puerta.

—Buenos días, señor Byam. Recibí su encargo, y aquí estoy.

—Zarpamos a un puerto cercano, Gardoni. Un asunto en que puede ganarse cincuenta mil.

—Es poco —dijo Gardoni sentándose.

—¿Cómo dijo?

—Que necesito dos millones. Sí, pienso retirarme a explotar una hacienda en Brasil. Me ha gustado siempre mucho el café.

—¿Bromea?

—Síntese, Byam. Al grano. Su hermanito está como prenda de garantía. Sabemos ya por qué murieron Merriman y Parker. No querían que su petróleo fuera a parar a manos de los alemanes. A mí eso me tiene sin cuidado. Total, que tengan el petróleo los

alemanes o los esquimales, eso no me da ni frío ni calor. Bueno, la cosa está clara. Yo me callo y me voy a Brasil, cuando haya percibido los dos millones.

Toni Gardoni hizo una pausa, y en aquel mismo momento Luigi Scelba en la puerta, gruñó:

—¡Hay trampa, jefe!

Luego, todo se desarrolló al compás de un ritmo loco. Toni Gardoni se lanzó al suelo cuan largo era.

Dispararon a la vez Guido Chiusa y Frankie Palermo contra la mampara trasera y las lucarnas. Pero Heinz Gruber y sus dos secuaces tenían la ventaja de haber sido los primeros en iniciar el ataque, cuando Luigi Scelba sorprendió a uno de ellos atisbando por la lucarna.

El yate, movilizándose en traqueteo de máquina izaba las anclas.

Luigi Scelba giró sobre sus tacones, alcanzado por una descarga en pleno rostro.

Guido Chiusa, protegiéndose con un sillón, astilló el tabique, mientras Heinz Gruber acertaba de lleno a Frankie Palermo.

Spencer Byam imitó a Toni Gardoni echándose al suelo, donde permaneció ensordecido por los disparos, mientras que Gardoni, arrastrándose cautelosamente en medio del tiroteo, salía al exterior, donde sobre cubierta se parapetó tras el cadáver de Luigi Scelba.

El capitán Montagu Bren: dio contraorden. Las máquinas siguieron runruneando, pero la proa volvió a girar lentamente.

Quintín Cárdenas, en el sollado, bajo el salón fumador, oía el tiroteo.

En el salón, yacían muertos Guido Chiusa y Frankie Palermo. Heinz Gruber apartó con el pie el cadáver de uno de sus ayudantes, mientras el otro corrió tras él.

Toni Gardoni iba reptando, y, al doblar la esquina de la cámara, se encontró con Heinz Gruber que acudía corriendo, seguido por el otro. Disparó, y Heinz Gruber saltó de costado, presionando el gatillo. Hacia el yate se acercaba una lancha conduciendo a Robert Lark.

Montagu Brent y los cinco marineros de la tripulación, reunidos en la cámara central, permanecían como paralizados ante el combate inesperado. Habían abandonado la sala de máquinas. Vieron caer arrodillado al hombre que seguía a Heinz Gruber,

mientras ya en pie, Toni Gardoni seguía disparando.

Heinz Gruber, protegido tras un banco, esperaba serenamente.

Cuando disparó, acertó en el moviente Toni Gardoni, cuyas gafas saltaron, mientras su portador, dando traspiés rodaba por las escaleras, cayendo en la cubierta central.

Quedó boca abajo, sobre la escotilla de descenso a la sala de máquinas. Su diestra seguía empuñando la pistola y sus músculos, agarrotándose en espasmos de muerte, aún le permitieron asomar el brazo por la escotilla. Presionando el gatillo de la pistola, baleó el gran depósito de gasolina.

Brotaron como surtidores los chorros, desparramándose sobre las máquinas. Una chispa de ignición de la magneto primera, prendió el fuego.

Mientras, Quintín Cárdenas, dando vueltas, en el suelo, lograba a puntapiés abrir la puerta. Siguió rodando hasta aparecer, con las manos atadas a la espalda.

Robert Lark trepaba por una cuerda junto al remate de la escalerilla, que había sido recogida. Logró encaramarse en ella, mientras el conductor de la lancha que hasta allí le había llevado, daba vueltas al volante describiendo amplios círculos alrededor del yate.

Heinz Gruber se levantó, encañonando a Quintín Cárdenas. Pero oyendo unos pasos precipitados, dio media vuelta. Robert Lark saltó tras un tubo ventilador. La bala disparada por Gruber arañó el esmalte junto a la cabeza de Lark.

Quintín Cárdenas, frenéticamente, rozaba sus manos atadas contra el resalte del banco.

Cuando quedó libre de manos y echaba mano a su bolsillo posterior, Heinz Gruber soltaba su pistola lejos de sí. Su índice y dedo medio estaban sangrando, mientras Robert Lark aparecía.

—¡Comisario Cárdenas! —gritó el mexicano, colocándose detrás de Heinz Gruber y apoyando la pistola en su espalda—. ¡Usted asegúrese de Spencer Byam!

Una densa vaharada caliente brotó, como la lava de un cráter volcánico, de la sala de máquinas. La gasolina llevaba las llamas por doquier, propagándolas con voracidad zigzagueante.

Montagu Brent, con sus hombres, corrió hacia los aparatos extintores. Pero era tarde.

Arriaron una de las lanchas, mientras, sofocados por el calor, y con el rostro abrasado y lacrimoso, Quintín Cárdenas empujaba a Heinz Gruber hacia la lancha ocupada por los marineros.

Le puso las esposas. El yate escoró de banda, cuando la lancha reposaba sobre el agua, soltando las amarras.

Spencer Byam salió del fumador donde ya el fuego, el humo y el ardor eran dueños y señores.

Corrió hacia la borda de babor. Ya el yate no era más que una llama gigantesca, al seguir la gasolina nutriendo incesantemente el fuego.

Robert Lark saltó en otra lancha: un fueraborda de pequeño motor. Manióbró las cabrias y poleas y cuando el casco afilado tocó el agua, tiró del embrague.

Spencer Byam, en su camino hacia la lancha, encontró una barrera de llamas que olían intensamente a petróleo. Retrocedió, buscando escapar al cerco de llamas. El denso vapor de petróleo le empapó, prendiendo fuego en su traje.

Corrió desesperadamente buscando en vano una salida. Sofocado, próximo a la asfixia, cayó sin fuerzas. El yate ardía vorazmente, atizado el fuego por la brisa marítima.

La lancha que transportaba a la reducida tripulación y al comisario Cárdenas que había esposado a Gruber, se alejó por estribor, mientras el fueraborda, petardeando, cortaba el agua como una flecha, distanciándose del babor del yate.

En la playa cerca del embarcadero, mugían, en coro infernal todas las sirenas. Las de los demás buques, las policiales, las de las ambulancias y la de los bomberos que llegaban tarde.

CAPÍTULO XI

Finger Prescott era de escasa talla y pocas carnes. Dos ventajas en su oficio, donde penetrar por ventanas y escapar por los menores resquicios era el medio usual de andar.

«Horas de oficina: de 10 a 1 y de 4 a 6», rezaban rótulos metálicos de letras negrísimas y restallantes, por entre los coloridos de los carteles con menciones de capitales lejanísimas.

A las cinco y media. *Finger*, fue recogiendo prospectos, horarios y presupuestos. Después, con afán de instruirse, sostuvo una animada conversación con un empleado.

Parecía ir a decidirse, y el empleado sonreía obsequiosamente, cuando, como si reflexionara, añadió:

—En efecto. Creo que tiene usted razón. Hay que buscar el contraste, y, por tanto, el crucero por Escandinavia, me place. Sólo que... —Hizo una pausa y el empleado, quedó pendiente de sus labios—. Sólo que ya sabe usted lo que ocurre, ¿no? Tendré que consultar a mi esposa. Vendré mañana a primera hora.

—Tendré el honor de atenderle personalmente, señor.

Finger tendió un cigarro al empleado, y se encaminó hacia la puerta. Junto a ella, estaban los lavabos. Penetró en la salita rutilante de blancuras sanitarias y miró en rededor como un ratón que busca la rendija propicia.

Se había asegurado que la puerta de entrada a los lavabos era giratoria y sin cerrojo, aunque de haberlo, era un leve obstáculo. Encontró lo que deseaba. Un armario empotrado a una altura de metro y medio. Se colgó del borde inferior y abrió.

Lo que pensaba: un sitio donde guardar toallas, desinfectantes y cubos. La limpieza la harían a primera hora de la mañana y por entonces ya tendría él en marcha un gran negocio.

Aquellas cartas del «pájaro anfibio» debían valer mucho. Se metió dentro del armario, acucillándose. Otro no cabría allí dentro. Cerró la portezuela.

A las seis y diez minutos, *Finger* abandonó su incómoda postura y saltó al suelo.

Conocía la costumbre mexicana. No eran puntuales para entrar, pero, en cambio, a la hora de la salida, no había inglés que pudiera rivalizar con ellos en cuestión de puntualidad.

Pisando sobre la punta de sus zapatos de suela de goma, entró en la vacía oficina. Se dirigió al despacho que iba a ser su taller de operaciones.

Extrajo el manojo de excelentes ganzúas y tras un vistazo al «pañó», acertó al segundo intento. La segunda ganzúa abrió la puerta. Todas las cortinas estaban echadas y una grata penumbra invadía el recinto de las oficinas y despacho de Jiuko Isuzu.

Finger acarició, complacido, la gran caja fuerte. Murmuró con satisfacción:

—Tipo «40». Blindada. No hay soplete que valga. Sólo tus yemas únicas en el mundo.

Se arrodilló y mantuvo su oreja derecha adherida contra el acero de la caja fuerte, mientras sus ágiles dedos manipulaban el disco de la combinación que ignoraba.

Un conocimiento que le habría permitido abrir la caja de caudales sin tener que sudar de angustia, sumido en la penumbra del oscuro despacho de Jiuki Isuzu.

Sudaba siempre cuando empezaba a trabajar junto al acero. Más que por temor a la aparición de un policía, total por un año de chirona, por un especial amor propio. Temía que algún día sus «yemas únicas» perdieran la sensibilidad, y entonces un porvenir sombrío se le presentaba. Tendría que buscar trabajo y eso, sólo pensarlo, le horripilaba.

Las sensibles yemas de los dedos del «revienta cofres» y su oído experto, coincidieron en detectar el levísimo ruido con el cual los complicados engranajes internos del arca anunciaban que los distintos mecanismos puestos en acción por el disco, encajaban.

Tranquilizada su conciencia profesional y con un suspiro de alivio y fe en sus dotes, *Finger* tiró de la barra que abría la pesada puerta.

Sacó del bolsillo de su pantalón la pequeña linterna, cuyo haz de luz enfocó el interior de la caja fuerte. Reprimió una exclamación de satisfacción, porque, si bien en su larga y accidentada vida de maleante había abierto muchos cofres sin el permiso de sus dueños, no había visto ninguno cuyo contenido fuera tan agradable a sus pupilas.

Los paquetes de billetes de mil dólares se alineaban en compacta formación. Voluminosos fajos de recios y crujientes billetes.

—Gracias, Prescott —pronunció, amablemente, una voz en la oscuridad—. Yo desconocía la combinación y tú me has facilitado la labor.

Finger Prescott soltó una interjección de asombro miedoso y, apagando la linterna, se dispuso a huir con toda la velocidad que sus cortas piernas le permitieran.

Pero la voz desconocida habló de nuevo, a la par que una potente linterna que el misterioso intruso acababa de encender, iluminaba de lleno el rostro despavorido y sudoroso de *Finger* Prescott.

—Un paso más, Finger, y el silbido de mi silenciador nadie lo oirá, pero tú sentirás entrar dolorosamente en tus sesos una onza de plomo. Dicen que hace daño, pero ninguno puede contarle. Levanta las manos lo más arriba que alcances.

—¿Quién..., quién eres? —balbució el ladrón, lívido y con los brazos tendidos rectamente hacia el techo.

—No te importa. Yo sí te conozco, Prescott. Te seguí, olfateando la ganga. No quiero que por una vez que trabajas, lo hagas de balde. Has abierto este cofre sin saber que su contenido iba a ser para mí. Pero sea como sea, lo has abierto. Arrambla con cinco fajos. Esos que tienes más arriba de la cabeza.

Finger, acostumbrados ya sus ojos a la oscuridad, examinaba al intruso, visible por el halo luminoso que despedía la misma linterna larga y achatada que empuñaba.

Vio a Robert Lark, e instantáneamente comprendió que no era un policía, ni tampoco un endeble. Pero en la caja había numerosos fajos de billetes de mil.

—No te conozco.

—Eres listísimo, Prescott. Ahora sígueme, demostrando que eres listo. No intentes ninguna jugarreta conmigo, porque me las sé

todas de memoria y después te quejarías de dolor de cabeza. Pega tus espaldas a las mías, mientras estudio el contenido del cofre. ¡Eh!

Finger intentó su golpe favorito, pensando en los billetes que iban a escapársele.

Avanzó los dos dedos formando horquilla hacia los ojos de su adversario. Era un truco infalible si se alcanzaba la meta. Cegado, al más robusto individuo se convertía en un saco.

Pero alzó la mano, porque en la mandíbula recibió un impacto que se le antojó procedía del remo posterior de un mulo. Se dobló hacia delante, cuando, en su estómago, el otro puño penetró. Y el tercer golpe en la sien, le abatió en el suelo, retorcido e inconsciente.

Robert Lark, con rápidos gestos, se colocó en los bolsillos varios fajos de billetes. Puso el pie sobre el estómago de Prescott para percibir cuando éste se levantara o lo intentase. Introdujo cuantos fajos pudo en los bolsillos interiores y especiales de la camisa de Prescott.

Después arrojó al suelo todas las carpetas, cuyo contenido revisaba rápidamente. Por fin, halló lo que buscaba.

Leyó a la luz de la linterna:

«Contrato privado de compra de los pozos de petróleo sitios en...».

Fue leyendo hasta tropezar con los nombres de Spencer Byam, Jiuko Isuzu y «como accionista principal de la nueva compañía, Heinz Gruber».

Dobló el contrato, introduciéndolo en su bolsillo.

Se inclinó sobre el inanimado *Finger* Prescott.

—Vámonos, amigo —dijo, en voz baja—. No quiero que la policía te haga pagar a ti la factura.

Se puso rígido, repentinamente. Oía perfectamente unos pasos amortiguados, que se acercaban. Contó tres personas.

* * *

Jiuko Isuzu se dirigía plácidamente a su casa, admirando el color del rosáceo crepúsculo que tenían las aguas sucias,

sonrosándolas, cuando su placidez se alteró.

Era ahora muy visible la llamarada a la deriva en el embarcadero de los yates particulares, que apareció al doblar el coche un pronunciado viraje.

—John —ordenó Isuzu por el acústico—. ¡Al embarcadero!

El chófer viró a la derecha. A medida que se acercaban al embarcadero, se oían más mugientes y agudas las estrepitosas sirenas.

No cabía duda: era el yate de los Byam el que iba convirtiéndose en negruzca pavesa ardiente.

—John. Vaya a enterarse de lo sucedido.

El chófer, un atlético inglés, se abrió paso entre la muchedumbre de curiosos.

Regresó, y, aunque íntimamente, Jiuku Isuzu estaba alarmadísimo, exteriormente era una máscara de impasible oriental, la que preguntó:

—¿Y bien, John?

—El comisario de policía se ha llevado detenido al señor Heinz Gruber, señor. Ha perecido el señor Spencer Byam y...

—Basta, John. Conduzca con el máximo de velocidad tolerada, hacia mi despacho de las oficinas de turismo.

—Masterman viene, señor, hacia acá.

Masterman, el boxeador masajista, que cuidaba de la línea del japonés, se aproximaba.

—Lo presencié, señor Isuzu.

—Suba, Masterman. De prisa John.

Explicó Masterman, apoyado en el respaldo junto al chófer, lo que había visto.

Jiuku Isuzu pensaba que cuanto antes hiciera desaparecer el contrato que aquella misma noche debía firmar el ahora fallecido Spencer Byam, mejor.

Si era interrogado acerca de sus relaciones con Heinz Gruber, sabía ya que debía responder que simplemente eran cuestiones de cambios monetarios turísticos por Suiza.

Lo mismo diría Heinz Gruber.

Pero con toda urgencia necesitaba el contrato. Se acercaba ya el coche a las oficinas, cuando John dijo:

—Me parece, señor, que he visto un destello de luz en el

despacho posterior.

—Vengan los dos conmigo. Pueden ser rateros, o simplemente algún empleado que olvidó alguna cosa.

Abrió la marcha Masterman. Seguía John y, detrás, Jiuku Isuzu. Masterman señaló la puerta entreabierta.

Los tres pisaron sobre la punta de los pies. Hubo un repentino apagón de la linterna que iluminaba el interior del cofre.

Jiuku Isuzu se deslizó rápidamente, dando vuelta a los conmutadores junto a la puerta.

La luz eléctrica inundó el despacho, haciendo visibles a Robert Lark acercándose y, en el suelo, a *Finger* Prescott.

Masterman se abalanzó, puños preparados, mientras Jiuku Isuzu, dando un rodeo, corría hacia la caja.

John flanqueó, preparado también con el bastón que había cogido al entrar. Un bastón de malaca que siempre le había gustado poseer.

Masterman fintó hábilmente, amagando con la zurda un golpe al costado. Blocó apuradamente el directo al rostro, y se encogió para disminuir el efecto del puñetazo asestado por Lark, que se conectaba limpiamente con su plexo solar.

—¡Pega, John! —aulló.

Comprendía que no era un pendenciero camorrista, sino un técnico, y de los mejores, el hombre que se le enfrentaba. Y, aunque él era un peso pesado, no alcanzaba la velocidad de golpe del que ahora saltó de costado para evitar, por milímetros, el bastonazo dirigido a su cuello.

Masterman lanzó un potente *uppercut*, y alcanzado en la mandíbula, Robert Lark se levantó sobre los pies, tratando de no caer de espaldas. Avanzó para propinar una serie al cuerpo, mientras John, recuperando el equilibrio, trataba de acercarse por la espalda al que se había lanzado en tromba contra Masterman.

Se anticipó Lark a los golpes que el peso pesado le destinaba. Masterman fue encogiéndose, a medida que los puños de su contrincante, que iba dando un giro hacia el lado opuesto a John, vapuleaban contundentemente sus flancos y sienes.

Se agachó Masterman hasta parecer un hombre inclinado en profunda reverencia. Se empinó de pronto, y cuando en un doble golpe que resonó secamente los dos puños de Robert Lark

remataron la serie vencedora, chocando contra el mentón de Masterman, que se derrumbó como un fardo vacío.

John descargó un bastonazo al mismo tiempo que recibía en la mandíbula un puñetazo que le lanzó de espaldas contra la pared, inconsciente.

Durante la veloz pelea, Jiuku Isuzu sólo tenía ojos para los papeles que con ansiedad iba removiendo, en busca del comprometedor contrato.

Se enderezó al sentir en su espalda el choque de las piernas de Robert Lark que, aturdido por el bastonazo en el pecho, iba respirando como el boxeador que trata de reponerse de un certero golpe.

Jiuku Isuzu asió un agudo estilete que, como cortapapeles, estaba en la mesita cercana a la caja fuerte. Lo levantó, para hundirlo en las anchas espaldas que se le ofrecían inermes.

Cayó hacia atrás, sorprendido de la inesperada agresión. En el suelo recuperándose de la inconsciencia, *Finger* creyó que las piernas que tenía al alcance eran las de su primer agresor, y se abrazó a ellas.

Jiuku Isuzu, conocedor del *jiu-jitsu*, aplicó la llave «judo», sistema científico mezcla de la lucha japonesa y del boxeo francés. Su tacón golpeó la sien de Prescott, mientras su índice y su pulgar izquierdos presionaban en un punto anatómico del cuello.

Con un chillido, soltó presa el «revienta cofres», perdiendo de nuevo el sentido. Pero ya Robert Lark había visto la diestra que, armada del estilete, buscaba de nuevo herirle mortalmente, y golpeó con puñetazos, muy distintos a los empleados en el *ring*. Un golpe que había practicado en los bares del hampa: en la cara interna e inferior del antebrazo de Jiuku Isuzu.

Mas el japonés era escurridizo y hábil. Intentó aplicar otra llave dolorosa, que cualquier chiquillo de los barrios bajos alguna vez practica, y que, no obstante, es eficaz. Su pie se disparó hacia la espinilla del que ahora lanzaba su puño izquierdo hacia el rostro del japonés.

Jiuku Isuzu no alcanzó su meta. Cayó ruidosamente dentro de la caja abierta, chocando su cabeza contra los rebordes metálicos de los estantes. Varios fajos de billetes llovieron sobre él, mientras se derrumbaba.

Robert Lark cargó sobre su hombro a *Finger* Prescott, derribó de un puntapié a Masterman, que empezaba a enderezarse, y saltó por la ventana al jardín. Instantes después, depositaba al inerte *Finger* Prescott en un solar desierto.

Antes de abandonarlo, le frotó sienes y cuello. Cuando *Finger* Prescott pestañeó, Robert Lark se alejó apresuradamente. Para los dos, la velada había sido fructífera.

* * *

Robert Lark telefoneó al 77 MR, quedando citado con el taquígrafo enlace de la Oss en Tampico.

Se entrevistaron en uno de los bancos públicos del jardín de la alameda que bordeaba el malecón.

—Éste es el contrato.

—Viajaré con el informe camino de Nueva York. ¿Protestó mucho *Finger* Prescott?

—Algo. Le lastré los bolsillos con buenos billetes de mil. Japón paga.

—¿Le preparo a usted el viaje? El comisario Cárdenas le busca.

—Trataré de esquivarle. Me dieron quince días para resolver el asunto petrolero. Me sobran siete, y estoy harto de petróleo. Calienta mucho. Me iré a descansar en la playa de Acapulco. Creo que allí se dan cita todas las bellezas del país.

—¿No se despide de nadie?

—Sí. De usted. Adiós.

* * *

*J'attendrais,
le jours et la nuit
j'attendrais
toujours...*

Cantaba con voz doliente y lastimera Luana Vélez, en el escenario del *Select*.

En una mesita, un mexicano alardeaba de sus conocimientos

lingüísticos, traduciéndole a su novia:

—«Esperaré, día y noche, esperaré siempre».

En el último estribillo, la voz de Luana Vélez cobró repentina alegría. El mexicano traductor estimó que aquella alegría no era adecuada a las palabras nostálgicas de la canción de la enamorada que siempre esperará al que se ha ido.

Terminó la canción, aplaudieron, y la concurrencia se dedicó con entusiasmo digno de mejor causa a pisotear la pequeña pista, estrujándose a los compases de la *Beguine*.

Luana Vélez se dirigió hacia una de las mesas de los palcos.

—Hola —dijo tímidamente.

—Hola, hermana.

—Bien sabes que me llamo Luana.

—Lo que sé es que me cuesta arrancarme de Tampico, dejándote a ti. Pero ¿quién soy yo, para pedir nada?

—Para mí eres un hombre que ha despejado las tinieblas de mi vida sombría, Bert.

—Cantas demasiadas canciones sentimentales, Luana, y se te cuelan las frasecitas melosas y tristes.

—Ven conmigo, Bert. Aquí pueden verte. No hace mucho estuvo aquí el comisario Cárdenas, triunfante. Me dio toda clase de excusas, y habló de un extraño pistolero que oportunamente le salvó la vida, allá a bordo de un yate en llamas.

—He llegado al peor de los extremos. ¡Salvar la vida de un polizonte!

—Me gusta verte sonreír. Cuando bromeas, jeres tan distinto! Hay en ti, ternura, humanidad y calor.

—Será el calor del petróleo del yate.

En el camerino, Luana Vélez quiso saber:

—¿Adónde irás ahora, Bert?

—A tomarme unas vacaciones bien pagadas de siete días en la playa de Acapulco. Allá no hay petróleo.

—Hace mucho tiempo que no tuve unas vacaciones perfectas. ¿Tienes inconveniente en que yo vaya a Acapulco?

—Deseaba preguntártelo, pero no sé qué será de mí después de estos siete días. Tanto puedo ir a Japón como al Congo.

—No pensemos en el después. Olvidemos el ayer, y dediquemos todo nuestro corazón a vivir hoy.

—Tu voz es de sirena náutica. Acabo de jugar con fuego, y vuelvo a meterme en las llamas. Claro que éstas, ahora, no huelen a petróleo, sino a delicias. Tengo miedo. Luana.

—¿Tú? ¿Miedo tú?

—Sí, miedo de enamorarme aún más, y sin remedio. Pero ¡correré el riesgo!

—Correremos el riesgo.

FIN



Pedro Víctor Debrigode Dugi
(1914-1982)

es uno de los grandes autores de la novela popular española en su época de esplendor, aquella que va desde los años cuarenta hasta inicios de los años setenta del siglo XX, cuando la televisión cambia definitivamente los hábitos de consumo de la sociedad española. Fue autor de centenares de títulos en la amplia diversidad de géneros que caracterizaba esta manifestación cultural aunque destacó en el terreno de la novela de aventuras y de la novela policíaca.

Nació en Barcelona el 13 de octubre de 1914, siendo su padre francés y su madre corsa. Educado en un ambiente culto —su padre era ingeniero aeronáutico— tuvo una esmerada educación. Estudió la carrera de Derecho aunque no la pudo finalizar pues el año 36, viviendo en Santa Cruz de Tenerife, se vio alistado en las filas del bando nacional al inicio de la Guerra Civil; tras solicitar su traslado a la Península se vio envuelto en extrañas circunstancias que le llevaron a ser acusado de espionaje. Tras ser liberado por falta de pruebas, intentó pasar a Francia pero no lo consiguió siendo nuevamente detenido acusado no sólo de espionaje sino de abandono de destino y malversación de caudales. Tras pasar por

distintos penales y ser condenado, finalmente salió en libertad en octubre de 1945. Empezó a escribir desde la prisión y se casó por primera vez en 1949 teniendo cuatro hijas a medida que iba consolidando su dimensión de escritor profesional. La familia combinó la residencia en diversas poblaciones de Cataluña y se trasladó posteriormente a Santa Cruz de Tenerife. Desde 1957 hasta 1963 Debrigode se estableció en Venezuela donde trabajó como corresponsal de la Agencia France Press y como relaciones públicas de un hotel. Vuelto a España, su esposa falleció en 1967. Se volvió a casar en 1972 y fijó su residencia en La Orotava a partir de 1974; falleció en febrero de 1982 a la edad de sesenta y ocho años dejando tras de sí una ingente producción literaria.

Utilizó un amplísimo abanico de pseudónimos aunque los más importantes fueron Peter Debry —con él creó la mayoría de su narrativa policíaca y del oeste— y Arnaldo Visconti —con esta máscara presentó toda su narrativa de aventuras— pero también firmo sus obras como P.

V. De

brigaw, Arnold Briggs, Geo Marvik, Peter Briggs, v. Debrigaw, y Vic Peterson.

Notas

[1] Buscadora de oro. < <